

OPINIÓN



Las incertidumbres humanas en tiempos de cambio
por JUAN SURIANO

CINE



El acontecimiento inmóvil: Juan José Saer y el cine
por DAVID OUBIÑA



TRABAJO

América Latina: entre falsos dilemas y olvidos
por VÍCTOR E. TOKMAN

Cómo superar la informalidad y la precariedad.

Las nuevas realidades del trabajo femenino

por ROCÍO GUADARRAMA OLIVERA

La situación de las mujeres en México.

La inestabilidad laboral en la Argentina

por LUIS BECCARIA

Estrategias para un crecimiento con equidad.

Brasil, de la disciplina a los derechos

por JOSÉ SERGIO LEITE LOPES

La formación de una cultura del trabajo.

Apuntes sobre la experiencia chilena

por GUILLERMO CAMPERO

De la inestabilidad a las políticas de protección social.

ARTES PLÁSTICAS

¿Arte concreto en las calles bahianas?
por NORA DOBARRO

Ensayos sobre la materia

por VERÓNICA MOLAS

MÚSICA

Violeta Parra y la nueva canción chilena

por JUAN PABLO GONZÁLEZ

LITERATURA

La voz mediada

por LAURA ISOLA

LECTURAS

Disemsynth

Un cuento inédito de ANGÉLICA GORODISCHER.

DISEÑO GRÁFICO

Por los derechos culturales

El mensaje de una muestra que recorre el continente.



AMÉRICA LATINA: ENTRE FALSOS DILEMAS Y OLVIDOS

El marcado deterioro de la calidad de los empleos y la existencia de una gran cantidad de trabajadores informales son los dos rasgos más significativos del mercado laboral latinoamericano. El desafío actual es encontrar mecanismos que permitan crear mejores condiciones de trabajo y garanticen así el acceso a una ciudadanía plena.

por VÍCTOR E. TOKMAN economista, consultor internacional

ERNESTO BERRA

Muro claro con cielo celeste,
2001

Técnica mixta sobre tabla,
47 x 45 cm

El problema del desempleo se percibe como el más importante en casi todos los países de América Latina. La encuesta realizada en 2005 por *Latinobarómetro* indica que el 30% de los habitantes lo ubica en esa posición, superando en más del doble el porcentaje asignado a la delincuencia-seguridad pública. Esta primacía se mantiene con independencia del nivel de desarrollo del país, del índice de desempleo registrado e, incluso, de lo exitoso que haya

sido el esfuerzo por el crecimiento.

No es necesario estar desempleado para sentir temor. La inquietud por la desocupación excede a su realidad. Según la encuesta anterior, el 75% de los trabajadores tiene miedo de perder su trabajo. Esta percepción supera con amplitud la cifra que uno podría esperar si acepta el enfoque clásico que asocia de manera simplista la posibilidad de perder o encontrar empleo al índice que registra la tasa de desocupación. Desde ya, la incertidumbre y los temores asociados crecen cuando el desempleo registrado aumenta y se deterioran las condiciones de estabilidad y de protección de los contratos de trabajo. En este sentido, no hay que olvidar que la permanencia media en el empleo en un país industrializado es de 10,5 años, mientras que en América Latina es de 7,6 años.

La preocupación y el temor por el empleo son, a su vez, el reflejo de la prioridad asignada a la ocupación como el mecanismo más efectivo para superar la pobreza y disminuir la desigualdad. El 80% de los recursos de los hogares en la región provienen de ingresos percibidos por el trabajo y, por ende, los empleos plenos y estables son la mejor garantía de protección laboral y social. La incorporación de las mujeres al mercado, al aumentar el número de personas que reciben salarios en una familia, se convierte en una vía más de salida de la pobreza. A la vez, el acceso de los jóvenes - que pueden capitalizar su formación- a empleos de mayor calidad o de mejor remuneración también favorece la movilidad ascendente y una mejora en la distribución del ingreso.

Ahora bien, ¿cómo ha sido la situación laboral durante el último cuarto de siglo en América Latina? El panorama es desalentador. En promedio, el desempleo ha pasado de niveles inferiores al 6% a más del 10%. Como era de esperar, el ajuste de la década del ochenta estuvo acompañado por una expansión del desempleo, y ni siquiera la recuperación económica de la década del noventa significó el retorno a las tasas históricas de ocupación. La volatilidad del crecimiento en las economías más integradas a los mercados mundiales determinó que los episodios de recuperación fueran de corta duración y, por lo tanto, insuficientes para generar contrataciones sostenidas. En el marco de las reformas laborales de los años noventa, los empleos fueron más inestables y estuvieron sujetos a una mayor precariedad. Así, seis de cada diez nuevos puestos de trabajo creados en esa década fueron informales; nueve de cada diez se crearon en servicios -por lo general de baja productividad-, y cinco de cada diez no tuvieron protección. La aparición del desempleo en niveles antes desconocidos y el deterioro en la calidad de los empleos han generado, entonces, un cuadro propicio para los temores que, como vimos, expresa la población.

El falso dilema entre flexibilización y trabajo estable y protegido

Pero volvamos al tema de las reformas laborales. Como es sabido, la globalización jerarquizó la búsqueda de competitividad a nivel internacional y, en el caso de América Latina, esa búsqueda se trasladó al mercado de trabajo. La flexibilización se presentó así como una condición necesaria para poder competir en mercados abiertos y más volátiles, y la reducción de los costos laborales se justificó por razones de eficiencia. Comenzaron, entonces, a reemplazarse los tradicionales contratos por tiempo indefinido por contratos "atípicos", se redujeron los costos de contratación y de despido, se extendieron los períodos de prueba y se favoreció la subcontratación.

Sin embargo, esas políticas constituyen una estrategia de carácter defensivo que se funda en dos falacias y que conduce a una "competencia hacia abajo". La primera de ellas consiste en plantear que los países latinoamericanos pueden competir sobre la base de bienes producidos con mano de obra barata. En realidad, los costos laborales en América Latina son bajos, comparados con los de los países de mayor desarrollo, e incluso, con Corea. La competencia sobre la base de una alta intensidad de mano de obra de bajo costo no tiene ninguna posibilidad de éxito frente a las exportaciones de China e India. Estos países operan con regímenes laborales decimonónicos y, además, incorporan nuevas tecnologías a sus productos, volviéndolos cada vez más competitivos. La segunda falacia reside en afirmar que la reducción de costos laborales significa un estímulo para la inversión extranjera que se puede traducir, por ende, en aumentos de las exportaciones y del empleo. Estudios recientes demuestran que dicha inversión no responde a esos incentivos –con excepción de la maquila–, sino que, por el contrario, las empresas se dirigen a países con reglas transparentes y seguras, con trabajadores calificados y bien remunerados. Les interesa aumentar la productividad como fuente de ganancias y saben que trabajadores poco calificados y mal remunerados no contribuyen a ese objetivo.

En definitiva, debe reconocerse que priorizar el tema del empleo significa también tener en cuenta la formación de los trabajadores y las condiciones de estabilidad, protección y respeto de sus derechos. Desde esta perspectiva, el trabajo inestable y desprotegido también se asocia con la falta de inversión en capital humano y en innovación. En un ambiente de empleo con esas características, los trabajadores no se interesan por adquirir conocimientos, ni por aumentar su esfuerzo. Tampoco los empresarios están dispuestos a destinar recursos para la capacitación de trabajadores que, como se perciben en tránsito, no garantizarían un aumento en la productividad de sus empresas.

Se plantea, entonces, una paradoja aparente entre la necesidad de flexibilizar y la de generar empleos de alta calidad. Afortunadamente, el dilema no se resuelve optando por una u otra estrategia. Ambas son necesarias. Por ello, países como Dinamarca han avanzado en la *flexi-seguridad*. Esta alternativa reconoce que, para crecer en el escenario económico actual, es necesario incorporar flexibilidad en el mercado laboral pero, al mismo tiempo, compensar adecuadamente a los afectados por los cambios y apoyarlos para que puedan aprovechar las nuevas oportunidades y acortar los tiempos de reconversión. Esto se logra con seguros de desempleo adecuados y con políticas laborales activas, que incluyan la recalificación y el apoyo para la reinserción laboral.

Los países de América Latina deberían recoger esta experiencia exitosa y, al mismo tiempo, adaptarla. En primer lugar, es necesario "reformular las reformas laborales", particularmente las que buscaron la flexibilidad a través de la precarización de la relación de trabajo y afectaron la productividad y la seguridad de los trabajadores. Se deben también rediseñar los mecanismos de protección laboral y social y llevarlos del puesto de trabajo al trabajador, para poder así trasladar los beneficios entre las distintas ocupaciones y mejorar la empleabilidad. En segundo término, es necesario tener en cuenta la complejidad que caracteriza a los países en desarrollo tanto por la existencia de mercados segmentados como por el peso que el sector informal tiene en sus economías.

Los olvidados, pero siempre invocados: los informales

Las estadísticas indican que más de la mitad de la fuerza de trabajo urbana en América Latina no está integrada a los mercados formales. Estas personas trabajan en pequeñas unidades productivas, muchas de ellas familiares, por cuenta propia, también en el servicio doméstico y en ocupaciones familiares. A esas actividades se dedican el 63% de los pobres y el 75% del total de los indigentes. Cada vez más los informales son reconocidos como problema, sin embargo, las propuestas suelen omitir su presencia y se orientan a mejorar la capacidad de creación de empleo de las grandes empresas y a defender los intereses de los ya incorporados.

Un análisis detallado de la informalidad escapa a los objetivos de este artículo, pero nos interesa aquí

detenernos en dos temas: la permanente discusión acerca de cómo definir a los “informales” – pregunta clave para avanzar en las políticas–, y la necesidad de una propuesta comprensiva que, sin dejar de lado los numerosos programas específicos, facilite el desplazamiento hacia la formalidad.

La conceptualización original define al **sector informal** como una forma de producción en pequeña escala. Esta definición surge en países en desarrollo donde, ante la falta de buenos empleos, un alto porcentaje de la población recurre a cualquier tipo de actividad productiva que le permita obtener algún ingreso para sobrevivir. Desde esta perspectiva, la informalidad responde a una lógica de supervivencia que busca solucionar la ausencia de empleos y de protección y que utiliza para ello los escasos recursos de que se dispone, como el trabajo personal y familiar y un capital mínimo.

En la actualidad, el concepto se ha ampliado al incorporar la precarización como característica principal. Se introduce así, la noción de **economía informal**, que incluye a todos aquellos ocupados que no gozan de protección laboral ni social. En ese sentido, se considera informales tanto a quienes trabajan en empresas grandes que no cumplen con sus obligaciones, como a quienes lo hacen en pequeñas unidades productivas y también a los trabajadores a domicilio y a los subcontratados de las grandes empresas. El énfasis se desplaza así hacia el ámbito laboral y se centra particularmente en la necesidad de regular la subcontratación. Sin duda, esta situación representa una mejora en los casos en los que los subcontratos se asocian a una violación o una disminución de las obligaciones laborales. Sin embargo, el grueso de las actividades informales sigue reflejando problemas que tienen que ver con la capacidad de producción, con ingresos insuficientes y con la exclusión.

Una respuesta sistémica debe aspirar a la formalización de los informales. Se requieren distintos instrumentos para poder configurar una estrategia efectiva de inclusión. El acceso a la formalidad significa poder superar las barreras existentes y estar en condiciones de cumplir con las obligaciones que se asocian a ella. Ahora bien, ese tránsito resulta sumamente difícil. Existen en la actualidad propuestas para rediseñar los mecanismos de acceso a la formalidad y, así, acercarlos a las posibilidades reales de los informales. Esos programas deben contemplar modificaciones en el campo laboral, en el acceso al crédito, en la constitución de sociedades, en el ámbito tributario y en la seguridad de localización para el comercio ambulante. Más allá de los detalles, el rediseño de cada una de estas áreas responde a distintas necesidades. El reconocimiento de la relación laboral es un requisito para constituir sujetos de protección; la titularización del capital, para acceder al crédito; la legitimación de nuevas formas societarias individuales, para asumir riesgos en los negocios sin hipotecar a la familia; el registro tributario, para incorporar prácticas de contabilidad y administración; y la seguridad de localización, para mejorar las opciones de los ambulantes.

Las consideraciones anteriores conducen a una visión de la formalización como instrumento. Se justifica ahora, no ya desde la perspectiva de la economía formal, sino a partir de los beneficios que el acceso a ella puede significar para las personas ocupadas en el sector informal y para las actividades que desarrollan. Sabemos que la reorientación que proponemos debe ir acompañada de una transformación cultural que promueva nuevas actitudes y comportamientos. Pero es necesario tener en cuenta que la formalización abre la puerta a la ciudadanía económica plena. En definitiva, se trata de trasladar el énfasis de las obligaciones a los derechos, ya que éstos favorecen el desarrollo y el progreso social. La habilitación de los derechos puede generar círculos virtuosos que, además de extender la cobertura, creen las condiciones para que todos los ciudadanos puedan cumplir con las obligaciones. Así, los informales serían los principales interesados en este esfuerzo de formalización y se constituirían en agentes del cambio para su propio beneficio y el de sus familias. •



ERNESTO BERRA
Muro blanco en tensión, 1999
 Técnica mixta sobre tabla,
 50 x 100 cm

LAS NUEVAS REALIDADES DEL TRABAJO FEMENINO UN BALANCE DESDE MÉXICO

Asediadas por la precariedad y la discriminación, las trabajadoras mexicanas participan en un mercado laboral cada vez más feminizado. Reclaman sus derechos, desarrollan sus estrategias defensivas y realizan sus proyectos de vida en sólidas redes familiares y sociales donde es posible hallar, también, nuevas formas de solidaridad.

por ROCÍO GUADARRAMA OLIVERA socióloga Universidad Autónoma Metropolitana, México

Las ciencias sociales han documentado, desde distintas ópticas disciplinarias, los profundos cambios sucedidos en el mundo del trabajo en las últimas décadas. Las comunidades científicas nacionales e internacionales coinciden en señalar la multidimensionalidad y volatilidad de las ocupaciones y de la propia fuerza de trabajo. En esta nota queremos subrayar ese carácter múltiple y volátil desde la perspectiva de las mujeres mexicanas, quienes, durante el último tercio del siglo pasado y en medio de profundas crisis económicas, duplicaron su participación hasta llegar a constituir casi el 40% de la población activa.

El primer aspecto que despierta interés en este proceso de feminización del trabajo en toda América Latina es que coincide con una marcada precariedad, producida por la aplicación de reformas estructurales y estrategias de apertura comercial y de flexibilización que –de una u otra forma– los gobiernos de la región han puesto en práctica. En este punto, el ejemplo de Chile ilustra muy bien los efectos “modernizadores” producidos por los cambios en las normas laborales que impulsaron tanto el gobierno dictatorial como los que le siguieron. En otros países, como la Argentina, esa modernización se manifestó a través de la privatización indiscriminada de empresas públicas y, en los casos de México y otros países de Centroamérica, por medio de las llamadas empresas maquiladoras, que comenzaron sus actividades incorporando casi exclusivamente mano de obra femenina.

En medio de este contexto “modernizador”, neoliberal o globalizador, como se lo quiera llamar, las mujeres aparecen de manera contundente en la esfera económica. Esta circunstancia, que no es casual –y sobre la que no podemos explayarnos aquí–, explica que la participación femenina en la economía no se traduzca necesariamente en un mayor bienestar para las mismas mujeres y sus familias, ya que su inserción mayoritaria se da en trabajos inestables y sin protección social, tanto en la industria como en los servicios por cuenta propia.

Los estudios acerca de la participación económica femenina en el mercado de trabajo de México y América Latina han resaltado esta relación perversa entre feminización y precarización. Las investigaciones revelan que se trata de mujeres de diverso origen socioeconómico y grados distintos de escolaridad, con diferentes edades y situaciones familiares; factores todos ellos que determinan oportunidades desiguales en un mundo laboral que sigue ordenado, abierta o veladamente, por criterios sexistas. Al mismo tiempo, demuestran que estos mercados todavía reproducen los papeles tradicionales del hombre proveedor y de la mujer esposa-madre-ama de casa, a pesar de los datos que evidencian el crecimiento de familias con doble o múltiple responsabilidad económica (en las que la madre, los hijos y otros integrantes –familiares o no– contribuyen en igualdad de condiciones al mantenimiento de sus hogares) y también de aquellas encabezadas exclusivamente por mujeres.

Familia, mujer y trabajo

Si analizamos la literatura que se publicó en México en las últimas tres décadas, se observa un cambio entre los estudios de los años ochenta, estrictamente sociodemográficos, y las más recientes reflexiones, que profundizan en el significado del trabajo de las mujeres y en los conflictos materiales, simbólicos e identitarios que se derivan de la relación-tensión entre sus responsabilidades familiares y laborales.

En estas últimas investigaciones se habla de una doble o múltiple identidad femenina, laboral y de género,

que se construye en contextos sociales ordenados por discursos y prácticas que clasifican con etiquetas diferentes los trabajos “para hombres” y “para mujeres”. Los primeros se identifican con ciertos aprendizajes y oficios, como los desempeñados históricamente por trabajadores de las minas, por electricistas y albañiles; o con habilidades profesionales y jerarquías de mando que corresponden a la dirección de empresas o negocios. Por su parte, los trabajos “para mujeres” se reconocen por ser una continuación de sus responsabilidades familiares, como los que realizan enfermeras, maestras y trabajadoras sociales, o porque evidencian las destrezas femeninas “innatas”, tan valoradas por las modernas empresas globalizadas electrónicas -asentadas principalmente en las ciudades fronterizas del norte de México-, y por las de costura, que buscan mano de obra barata en los estados más pobres del centro y sureste del país.

En la reproducción de estos esquemas laborales sexistas, la familia juega un papel fundamental. Es en ella donde se establecen las normas y valores primarios que rigen los comportamientos “femeninos” o “masculinos”, a partir de los cuales hombres y mujeres *eligen* un destino laboral o profesional compatible con los roles aprendidos. Las mujeres que trabajan *por necesidad*, que son las más pobres y de inferior escolaridad –generalmente unidas y con hijos–, muestran trayectorias caracterizadas por una muy baja remuneración tanto en los empleos a domicilio como en el comercio y en las empresas globalizadas. Las que tienen más recursos económicos y escolaridad superior a la básica están mejor pertrechadas para insertarse en el mercado. Sin embargo, la socialización familiar y escolar las inducen principalmente a elegir *carreras feminizadas*, y el propio mercado de trabajo tiene sus “techos de cristal” que les impiden, aun a las mejor preparadas, alcanzar los puestos de trabajo de más alta jerarquía y mejor remunerados.

En las investigaciones sobre el tema, hemos encontrado que las redes familiares constituyen ámbitos de articulación sobre los que las mujeres edifican su imaginario profesional/ocupacional, en una relación ambigua y conflictiva, pero indispensable para realizar sus propios proyectos de vida.

En los casos de las mujeres de clase media, estas redes tienen un carácter más definido e influyente en la elección y práctica profesional y en la definición de su propia orientación vocacional. Especialmente, sobresale el papel que juegan los padres en el momento de decidir cuál será la mejor profesión para sus hijas y cuál para sus hijos.

Por otro lado, las obreras industriales urbanas se distinguen por un nivel escolar más bajo. Sus redes, diluidas en familias extensas, amigos y vecinos, son recursos importantes para que se mantengan en el mercado de trabajo. En las imágenes de su familia de origen, las figuras femeninas son las más sobresalientes. Entre algunas de estas mujeres, la figura del padre apenas se insinúa en sus relatos. Los abuelos, en cambio, y especialmente las abuelas, juegan un papel muy importante en el cuidado de los hijos cuando las madres tienen que asumir el papel de proveedoras.

Estas configuraciones familiares, asentadas en redes femeninas intergeneracionales, suponen un compromiso tácito entre sus integrantes –abuelas, madres, hijas, hermanas– que se despliega de manera conflictiva a lo largo de sus vidas (en las relaciones madre-hija, por ejemplo), pero que ineludiblemente reaparece en los momentos de crisis o de necesidad, en los que se ayudan unas a otras.

Sin embargo, la familia también puede actuar como mecanismo de control, de opresión e incluso de violencia en contra de las mujeres. Esta condición de las familias mexicanas se ha hecho más evidente, aunque suene contradictorio, con el debilitamiento de las estructuras patriarcales generado por el desempleo masculino y la mayor independencia económica femenina en cierto tipo de mercados de trabajo transnacionalizados.

Esas situaciones que enfrentan las mujeres pobres constituyen un fuerte obstáculo para su desarrollo, para su subsistencia y, en casos extremos, llegan a poner en riesgo su propia vida. Uno de los ejemplos más crudos de esta realidad es la ola de *feminicidios* en Ciudad Juárez, localidad fronteriza del estado de Chihuahua, en el norte de México, mundialmente conocida como “las muertas de Juárez”. Allí la instalación de empresas maquiladoras generó un mercado de trabajo con mano de obra mayoritariamente femenina. Esa nueva visibilidad laboral de la mujer se produjo en un medio socialmente hostil hacia las que trabajan fuera del hogar, y donde no existen políticas públicas ni privadas para crear los apoyos sociales y culturales que garanticen su bienestar. De todas formas, se entrecruzan en este caso variables que hacen de él un ejemplo difícilmente encuadrable dentro de un único eje de análisis, ya que entran en juego también el poderío incontrolado de las bandas de narcotraficantes y las acciones xenófobas generadas por las políticas anti-inmigrantes estadounidenses, entre otros factores.

Identidad, estrategias y movilización

Ahora bien, esta compleja realidad que enfrentan las trabajadoras podría llegar a convertirse en palanca

para el desarrollo de una *identidad resistente*, intergeneracional y colectiva entre mujeres con capacidad de liderazgo. En este sentido, es posible observar en los intersticios del mundo laboral mexicano, gérmenes de colectividades que emergen a contracorriente de los procesos desintegradores provocados por la globalización de la vida social. Estas comunidades expresan nuevas formas de solidaridad que trascienden la familia y que actúan como vehículos para la búsqueda de trabajo, la migración económica y para hacer frente a los complejos problemas de la vida comunitaria.

Cuando se ahonda en el estudio de los *modos de vida* de las mujeres pobres, es posible reconocer las múltiples formas en que ellas se movilizan para organizar su vida y darle un sentido total, articulado, a sus responsabilidades familiares, domésticas, comunitarias, laborales y ciudadanas. Esta manera de verlas como actoras, y no solo como víctimas de procesos estructurales e institucionales que las sobrepasan y someten, permite recuperar el sentido de sus acciones y prácticas encaminadas hacia mejores horizontes de vida. En este plano de la experiencia femenina, aparecen las redes sociales impulsadas por las propias mujeres, no solo desde la familia, sino también desde el vecindario, la comunidad y desde las iniciativas que provienen de organizaciones promotoras de los derechos humanos y laborales.

Un ejemplo de esas redes lo hemos encontrado en las comunidades del Valle de Tehuacán, en los límites entre los estados de Puebla, Veracruz y Oaxaca. En un cruce privilegiado de caminos entre el centro, el sureste y el suroeste del país, en el que se enfrentan también el México tradicional, rural e indígena, y la nueva modernidad importada, las mujeres se han vuelto polifuncionales en el sentido más social de la palabra. Esta forma de ser polifacética se expresa en su intermitencia laboral entre el trabajo agrícola y el desempeñado en las empresas contratistas o en las filiales de los grandes consorcios fabricantes de las tradicionales mezcillitas, y de otras prendas de vestir asentadas en la región. Combinan su paso por los talleres familiares clandestinos –subcontratados por aquellas empresas– perdidos entre las callejuelas de los poblados del Valle, en los que llevan a cabo tareas intensivas, como el deshebrado; con los trabajos tradicionales femeninos, como la elaboración y venta de tortillas de maíz en los mercados locales.

En este periplo laboral fluctuante y de riesgo permanente, las mujeres construyen estrategias para defenderse de las duras y largas jornadas de trabajo, de los despidos inopinados, de la desprotección social, de los sindicatos fantasmas, de la contaminación de sus pueblos, etcétera. Organizan, así, formas de resistencia apenas perceptibles, como la negativa a usar zapatos cerrados para trabajar en lugares excesivamente cálidos; como el reclamo colectivo en espacios laborales donde los sindicatos son letra muerta; y como la denuncia de acoso sexual y explotación de niños en las fábricas cuyos dueños, protegidos por el gobierno estatal (al menos uno de ellos) han sido acusados de pederastia en la prensa nacional y ante los tribunales competentes. Estas “pequeñas” acciones, tal vez no generalizadas, pero ejemplares, abren una rendija a la posibilidad de arreglos sociales favorables para las mujeres –y también para los hombres, jóvenes, viejos y niños que junto con ellas forman parte de la fuerza de trabajo de estas empresas–, especialmente cuando se basan en procesos de identificación contruidos desde su propia experiencia, y cuando coinciden con el trabajo desarrollado por redes y organizaciones sociales que promueven estas formas de solidaridad en los espacios laborales, la comunidad y la familia. •



ERNESTO BERRA

Construcción sobre el muro,
2003

Técnica mixta,
44 x 35 x 4 cm

LA INESTABILIDAD LABORAL EN LA ARGENTINA

¿Resultan válidos los *shocks* económicos o la acelerada transformación tecnológica para explicar la inestabilidad que caracteriza el mercado de trabajo en la Argentina? El problema parece radicar en la escasez de empleos formales y de calidad. El debate podría centrarse, entonces, en las políticas productivas que permitan generarlos.

por LUIS BECCARIA investigador-docente Universidad Nacional de General Sarmiento

Entre los rasgos de la compleja realidad laboral que aún subsisten en la Argentina se destacan la elevada desocupación y la extendida presencia de empleos precarios, aquellos que realizan muchos trabajadores por cuenta propia, los asalariados no registrados en la seguridad social, o el servicio doméstico. Hacia fines de 2005, el 10% de la población activa **estaba** desempleada y solo el 42% del conjunto de los ocupados eran asalariados “en blanco”, registrados en la seguridad social. A estas situaciones, que no son independientes, sino más bien dos caras de una misma moneda, se les asocia otro fenómeno: *la elevada inestabilidad laboral*.

Cuando la presencia de estos factores en la estructura ocupacional es importante, las personas suelen tener que rotar con mayor frecuencia entre distintos puestos, o entre éstos y la desocupación. Por cierto, la inestabilidad que ha crecido de manera generalizada en la Argentina no golpea con igual intensidad a todos las personas ni a todos los hogares. Si bien ha afectado de manera creciente a los sectores medios, es evidente que son los trabajadores de bajos niveles educativos quienes se encuentran con mayor frecuencia expuestos a asiduos cambios en la situación de empleo. También los jóvenes exhiben patrones de alta rotación en períodos breves. Cabe interrogarse en qué medida estos rasgos del mercado de trabajo argentino resultan transitorios o si, en cambio, responden a una dinámica que tiende a cristalizar una realidad laboral más inestable. ¿La inestabilidad es, acaso, deseable, funcional o hasta necesaria para facilitar el crecimiento económico?

Inestabilidad o flexibilidad: ¿qué esperar?

Ha ido ganando creciente aceptación la idea de un capitalismo que en el futuro tendría un mayor grado de inestabilidad laboral. Según este supuesto, se acabaría el mundo de los “empleos de por vida” y sería necesario acostumbrarse a cambiar de trabajo con mayor frecuencia que en el pasado. Entre las diversas razones que se mencionan para explicar esta tendencia, puede indicarse la mayor rapidez del avance tecnológico, que acorta la vida útil de productos y procesos y, consecuentemente, de las competencias que han adquirido los trabajadores. En el mismo sentido, se sostiene que mercados más competitivos –en parte debido a la globalización– van a requerir una rápida modificación de las variedades de bienes y servicios a ofrecer, y esta situación contribuiría a acelerar las obsolescencias de las calificaciones. Los mercados internacionalizados estarían expuestos a *shocks* frecuentes y, para mantener la competitividad, los niveles de empleo oscilarían con mayor amplitud. Este argumento sobre la realidad económica justificaría el pedido por parte de la empresas de eliminar o reducir las regulaciones laborales que dificultan los ajustes de personal. En definitiva, la mayor inestabilidad no solo sería un rasgo inherente de las economías de estos tiempos y de aquellos por venir, sino que además resultaría deseable, desde la perspectiva de la competitividad de las economías nacionales, que existiera una mayor fluctuación del empleo.

Pueden esbozarse diversos argumentos para cuestionar la visión anterior acerca de la conveniencia de un empleo más inestable para mejorar la competitividad. Pero quizás es más importante, para los objetivos de esta nota, indagar en qué medida las razones que explican la creciente inestabilidad económica y laboral arriba mencionadas resultan relevantes para dar cuenta del cuadro de elevada variabilidad ocupacional que afecta actualmente a la sociedad argentina. El examen de los rasgos que asume la movilidad indica que estaría solo parcialmente explicada por el cambio técnico y/o la mayor inestabilidad de la economía. Por el contrario, esta situación parece obedecer primordialmente a la todavía insuficiente generación de empleos formales de calidad, que permitan absorber la fuerza de trabajo con diferente

grado de calificación que se vuelca al mercado año tras año.

La importancia que se otorga a la deficiencia de la demanda agregada de trabajo para explicar la situación actual de inestabilidad ocupacional se refuerza si se analiza lo que ocurrió hasta los años ochenta. Como el desempleo y la precariedad en ese período eran menores (el desempleo, en los setenta, oscilaba entre el 2% y el 4%, mientras que la participación de los asalariados en blanco superaba el 50%), ella resultaba menos notoria, a pesar de que la economía estaba sometida a pronunciadas fluctuaciones. En efecto, aunque la apertura comercial y financiera así como los manejos de otros componentes de la política económica dieron lugar a ciclos de diversa duración e intensidad en los últimos quince años, la volatilidad económica en la Argentina no fue privativa de estos años.

Algunos escenarios posibles

Desde fines de 2002, el empleo total ha aumentado a un ritmo muy intenso –6,5% por año–, proceso que, en los últimos meses, también estuvo acompañado por una importante expansión de la cantidad de empleos asalariados “en blanco”. Por ejemplo, durante 2005, el 80% de los puestos generados en las áreas urbanas del país fueron de este tipo. Solamente la consolidación y la persistencia en el tiempo de esta dinámica permitirá modificar el panorama que caracteriza la actual situación laboral argentina. Ello haría posible que disminuyese la cantidad de ocupaciones precarias, de corta duración; y que aquellos trabajadores con niveles de educación no muy elevados tuvieran mayores oportunidades para alcanzar un adecuado grado de seguridad, imprescindible para elevar el bienestar. Pero aun cuando tal escenario optimista se verificase, el empleo formal podría no revestir el mismo grado de estabilidad que en el pasado, si los desarrollos tecnológicos y/o la creciente globalización tuviesen los efectos comentados más arriba. Se trataría, de cualquier manera, de un contexto diferente del que caracteriza desde hace tiempo al mercado laboral argentino, ya que en ese escenario primarían los puestos formales, con cobertura social. Ocupaciones que por su duración y estabilidad, que no se cuentan en meses sino en años, podrían evitar el alto nivel de incertidumbre que genera la precariedad.

El análisis de las condiciones que permitirían consolidar el actual proceso de expansión económica y del empleo –y alcanzar ese escenario optimista respecto de la situación laboral– aparece como un tema que excede largamente los objetivos de esta nota, pero que resulta prioritario en la Argentina actual. Intentaremos, por lo tanto, bosquejar algunas ideas sobre esta cuestión.

La expansión económica es una condición necesaria para que continúe creciendo el empleo de calidad, premisa sobre la que existe un amplio consenso. Conviene, en consecuencia, avanzar en el análisis de dos temas sobre los que hay posiciones divergentes y que, como se verá, se encuentran interrelacionados: por un lado, las condiciones que permitirían esa expansión económica sostenida y, por el otro, aquellas que posibilitarían que el crecimiento derive en un aumento importante de la ocupación y de las remuneraciones, compatible con una mejora en la distribución del ingreso.

Respecto de estas cuestiones, una posición que cuenta con amplio apoyo señala que un manejo adecuado de ciertas variables clave –como las fiscales y las monetarias– resulta suficiente para asegurar el crecimiento, ya que permitiría generar un contexto estable y atractivo para la inversión. Desde esta misma perspectiva, los interrogantes sobre el nexo “dinámica de la producción-dinámica del empleo” resultan irrelevantes, dado que la primera asegura, con el tiempo, la consecución de la segunda. Otra gama de opiniones, en cambio, favorece cierto activismo estatal en la economía. Entre ellas se encuentra la de quienes creen que el Estado debe colaborar en asegurar un contexto macroeconómico favorable al crecimiento, por medio de políticas que influyan sobre los precios fundamentales, como el tipo de cambio. Un nivel más o menos alto de este último beneficiaría el empleo a través de la protección a la producción nacional y su impacto sobre las exportaciones; de manera adicional, los salarios resultarían relativamente reducidos, en términos del costo del capital.

No cabe duda de que un adecuado manejo en los planos fiscal, cambiario o monetario es imprescindible para mantener un ritmo sostenido de crecimiento. Sin embargo, no siempre resulta suficiente para mejorar el grado de equidad distributiva. Las políticas productivas son un ingrediente que convendría incorporar a una estrategia de crecimiento nacional que busque reducir la desigualdad y ubique el empleo en el centro de las preocupaciones. Nos referimos a un complejo conjunto de acciones dirigido a incentivar la inversión en sectores o, especialmente, en redes o tramas que cuenten con buenas posibilidades de desarrollo. Pueden abarcar diferentes instrumentos, como los de tipo fiscal, financiero, arancelario, tecnológico y de capacitación.

Ahora bien, una condición clave para una estrategia de esta índole consiste en identificar las bases sobre las cuales se puede apoyar el crecimiento argentino; en este sentido, resulta imprescindible una amplia discusión acerca del patrón de especialización productiva. Éste es un tema muy complejo que involucra no

solo consideraciones económicas –como las relativas a los probables escenarios de la economía mundial–, sino también, y fundamentalmente, políticas.

El desafío de las políticas productivas

Al examinar la potencialidad de los diferentes sectores o tramas, se debe contemplar la experiencia de las firmas nacionales y extranjeras, pero también su capacidad para generar sinergias positivas en el resto del aparato productivo. Precisamente, en este análisis, el empleo aparece como la variable clave. Las empresas con mayores probabilidades de generar un flujo sostenido de nuevos puestos de trabajo de calidad son aquellas que deberán contemplarse como sujetos prioritarios de políticas.

Sería aventurado identificar aquí algunos de esos sectores o tramas, pero vale señalar que ellos incluyen, sin duda, a muchos de los existentes. Por otra parte, la búsqueda no debería focalizarse exclusivamente en las ramas manufactureras, que son las que generalmente encabezan la lista de actividades con mayor potencial. Desde ya, las acciones respecto de las actividades industriales ocuparán un papel importante, dada su relevancia tecnológica y por el hecho de que elaboran insumos de uso difundido en el resto del aparato productivo. Pero, además, la incorporación de valor agregado a productos primarios aparece como otro ámbito relevante, especialmente porque permitiría articular el enfoque sectorial con otro de tipo regional. Los desbalances entre diferentes zonas del país constituyen, como ya se sabe, una de las dimensiones de la desigualdad global del ingreso. Los servicios que concentran actualmente la mayor parte del empleo y que, seguramente, aumentarán su alcance en el futuro, aparecen, sin embargo, como un sector que deberá privilegiarse, en especial para apoyar actividades en las que se pueden generar numerosos puestos de calidad.

Ahora bien, una estructura productiva basada en actividades con capacidad de crecimiento sostenido, muy probablemente ocupará cada vez más a trabajadores de alta calificación. Éste es un dato para tener en cuenta al diseñar e implementar las políticas, ya que puede representar un potencial conflicto con el objetivo de dinamizar el empleo de personas con baja escolarización, que son quienes enfrentan mayores dificultades laborales. Este problema, sin embargo, puede atenuarse. Por un lado, el aumento general del empleo creará más oportunidades para los menos calificados en la medida en que algunos puestos que ellos pueden desempeñar están siendo ocupados actualmente por personas más capacitadas. Este fenómeno –conocido como “sobre-educación” o “devaluación educativa”– resulta otra expresión de la todavía difícil situación laboral argentina. Por otro lado, al continuar el proceso de expansión de la escolarización, la oferta de trabajadores menos calificados crecerá de manera cada vez más lenta, tal como indica la tendencia actual.

Incrementar los esfuerzos para elevar la cantidad y la calidad de la educación colaborará en esta dirección, más allá de que éste debe ser un objetivo de toda acción del Estado, ya que constituye un derecho de los ciudadanos. Contar con una población mejor y más educada resulta, entonces, de suma importancia para apoyar estrategias de crecimiento con equidad. •



ERNESTO BERRA

Perfil urbano con cielo blanco,
2006

Técnica mixta sobre tabla,
70 x 75 cm

BRASIL, DE LA DISCIPLINA A LOS DERECHOS

En el itinerario histórico de los sistemas de trabajo en el Brasil, desde las iniciales formas esclavistas hasta el actual esquema neoliberal, es posible descubrir el recorrido de un proceso de expansión de los derechos que, aun con sus avances y sus retrocesos, implica la gradual formación de una cultura del trabajo.

por JOSÉ SERGIO LEITE LOPES antropólogo, Programa de Pós-Graduação em Antropologia Social, Museu Nacional - UFRJ

El proceso de formación de una cultura del trabajo en el Brasil a lo largo del siglo XX, se vincula con un modelo de disciplinamiento y control de los trabajadores, que asumió formas de dominación “fuertes” o “autoritarias” en los establecimientos y empresas de gran tamaño. Pero también se enlaza con el proceso en el que se atenuaron esas relaciones autoritarias a través de la

incorporación, por parte de los trabajadores, del uso de derechos, y de la constitución de formas de asociación.

A partir de la década de 1930, los trabajadores de las fábricas y establecimientos urbanos comenzaron a regirse por una serie de leyes sociales, reunidas en la Consolidación de las Leyes del Trabajo (CLT), en 1943. En el campo, esas leyes recién se extendieron veinte años después, con el Estatuto del Trabajador Rural de 1963. El lapso entre las dos fechas resulta significativo en la medida en que muestra la lentitud en el ritmo de difusión de la ciudadanía en el Brasil, el modo desigual en el que se otorgaron los derechos a los trabajadores, en especial a aquellos sometidos a la influencia de los grandes propietarios rurales o agroindustriales.

Hay que recordar que las transformaciones que tuvieron lugar en los centros agrícolas tras la abolición de la esclavitud reprodujeron formas de dominación que, muchas veces, estaban directamente relacionadas con el período esclavista. Éste fue el caso de sistemas de trabajo como el del *morador*, en el Nordeste –región donde prevalecía la agricultura de la caña de azúcar–, o el del *colono*, en el Sudeste –en torno a la cultura del café–, en los que se sojuzgaba a las poblaciones (negras) salidas de la esclavitud, a los descendientes (blancos o mestizos) de los ex “hombres libres de la sociedad esclavista” –habitantes de las zonas rurales–, e incluso a los inmigrantes traídos de Europa o de Japón que se concentraron en San Pablo. En efecto, aquellas relaciones estaban marcadas por la dominación social “fuerte” de los propietarios rurales sobre el resto de la población campesina. Ese vínculo trascendía el sentido estricto de las “relaciones de trabajo”, como se conocían en la ciudad, y abarcaba también las actividades familiares, éticas, religiosas, culturales y políticas de las personas.

En esa sociedad, los sindicatos y las mutuales de las dos primeras décadas del siglo XX contribuyeron a formar una ética del trabajo. Por su parte, la nueva legislación de las décadas de 1930 y 1940, que ya mencionamos, si bien paralizó a algunos de los sindicatos más combativos, promovió desde el Estado la agremiación. De ese modo, efectivizó derechos (y, consecuentemente sancionó los incumplimientos patronales), que pudieron así llegar a los trabajadores de las empresas más renuentes a la organización gremial de sus subordinados. Con el fin de la dictadura del “Estado Novo” de Getulio Vargas (1937-1945) y del gobierno del general Dutra (1946-1950) –que intervino de manera sistemática en los sindicatos–, los trabajadores urbanos pudieron apropiarse de sus asociaciones y desarrollar una importante campaña de difusión de sus derechos, hasta el golpe de 1964.

Ahora bien, aun cuando la extensión de la ciudadanía en el Brasil tenga en su origen y en su dinámica

la marca del corporativismo de la época de Vargas, no por ello dejó de crear cierta “sociedad salarial” en el país. Creó profesiones y carreras en el servicio público, en las grandes empresas y en diferentes establecimientos, que incluyeron tanto a los asalariados de clase media como a los obreros. Impulsó, asimismo, una estructura para la justicia laboral y un sistema de previsión social. En la posguerra, las empresas estatales adoptaron esos modelos de carreras y de derechos.

La experiencia de esos trabajadores, incorporados al mercado laboral después de 1945, sigue presente en nuestra época y se vincula, justamente, con la conquista de los derechos sociales. Aquellas generaciones fueron las primeras en gozar de jubilaciones determinadas por los años de vida laboral, y las actuales también aspiran a obtenerlas. Su proyecto de vida quedó sellado por esa posibilidad y, para lograrlo, valía la pena realizar el esfuerzo de trabajar desde muy joven. A pesar de que el nivel salarial siempre fue muy bajo –cercano al del salario mínimo–, la mayoría de aquellos trabajadores manuales con empleo regular podía sobrevivir gracias a recursos marginales (la agricultura en quintas, las changas o el pequeño comercio), a la ayuda errática del “paternalismo industrial” o “empresario”, y a la protección de los derechos sociales.

De ese modo, los trabajadores fueron integrados a la sociedad y a un proyecto universalista de expansión de derechos, aunque muchos de ellos no se respetaron en algunas empresas, que históricamente han sido renuentes a aceptarlos. En el momento mismo en el que se aprobó la legislación laboral se formaron en forma simultánea una fuerza de trabajo principal y con derechos, y otra secundaria y “clandestina”, sin libreta legal. Esta situación prefigura, ya en la década de 1930, un modelo parecido al que en el vocabulario de hoy se conoce como precarización de la fuerza de trabajo.

Luego, desde mediados de la década de 1950, ya con la aplicación del modelo industrial fordista en San Pablo, tuvo lugar un desplazamiento de trabajadores de origen rural (provenientes de los estados de San Pablo, Minas Gerais y los del Nordeste) hacia la producción automotriz y la red de industrias que la sostiene, y se formó de hecho un mercado de trabajo nacional. La industrialización intensiva, que había comenzado –a fines de los años cuarenta– con dos empresas estatales localizadas en el estado de Río de Janeiro –la Compañía Siderúrgica Nacional y la Fábrica Nacional de Motores–, se completó en la década de 1950 con el establecimiento de astilleros navales en el mismo Estado, y con la industria siderúrgica en Minas Gerais. La construcción y puesta en funcionamiento de Brasilia, en los años cincuenta y sesenta, también atrajo mano de obra de diferentes lugares y características. Finalmente, en las décadas de 1960, 1970 y 1980, en pleno régimen militar, se crearon muchas empresas estatales y se amplió así el número de asalariados. Esas empresas incorporaron en el Brasil el modelo de la “sociedad salarial” europea.

El proyecto de generalización de los derechos continuó vigente, a pesar de que la dinámica de la lucha por su extensión fue obstaculizada por el régimen militar y por los períodos de gran crecimiento seguidos de recesiones. La promulgación del Estatuto del Trabajador Rural de 1963 y la implantación de la justicia laboral, de la previsión social y de la sindicalización en el campo abrieron el horizonte para la extensión de los derechos a los trabajadores rurales. Esta situación los llevó también a cuestionar la pésima distribución de la propiedad de la tierra y a luchar por una reforma agraria.

A fines de la década de 1970, ya en el contexto de la lucha por la vuelta de la democracia se organizó un fuerte movimiento social de trabajadores, que si bien se concentró en algunos puntos del país, al mismo tiempo, se extendió. Uno de los lugares centrales fue la periferia del estado de San Pablo, en cuyas organizaciones sindicales -hasta entonces limitadas por los controles estatales-, surgió un fuerte movimiento en defensa de una cultura del trabajo y de sus derechos. Allí tuvieron lugar las primeras huelgas que desafiaron al régimen militar, entre 1978 y 1980. Otro foco fue el interior de Pernambuco –zona productora de caña de azúcar–, donde se registraron las primeras huelgas de trabajadores rurales, culminando así el proceso de organización sindical en el campo, que había comenzado en la década de 1970.

Más tarde, a lo largo de los años ochenta, se formaron organizaciones que incluyeron diferentes tipos de trabajadores, grupos perjudicados por los efectos negativos de grandes proyectos (como las represas hidroeléctricas), y agrupaciones que luchaban por la reforma agraria. La amplitud, la diversidad y la fuerza de ese conjunto de movimientos sociales despertaron un interés internacional por el país, pues ponían de manifiesto la esperanza y el dinamismo de esas luchas, que contrastaban con la falta de entusiasmo y la morosidad demostradas por las elites para comenzar a saldar la inmensa deuda social acumulada.

Tiempo presente

En los últimos años, a nivel internacional se produjeron profundas transformaciones en el modelo de organización del trabajo y en el tipo de gerenciamiento. Estos cambios, que han afectado a diferentes naciones del mundo desarrollado, llegaron también a los países periféricos como el Brasil, antes "protegido" por la inestabilidad inflacionaria, las políticas industriales en beneficio de la producción local y los intensos movimientos sociales iniciados en la lucha contra el autoritarismo del régimen militar. Las consecuencias de estas transformaciones modernas son, paradójicamente, el retorno de formas de vulnerabilidad de las masas, semejantes a las que padecían las poblaciones trabajadoras antes de la época de la previsión social.

Las políticas de inspiración neoliberal aumentan la sensación de inseguridad aun en los sectores más formales y estables del mercado de trabajo y, desde ya, en las generaciones más jóvenes, que saben que no encontrarán las mismas oportunidades de trabajo que quienes les precedieron. La vulnerabilidad actual, a diferencia de la del período anterior a las leyes sociales, se produce después de la experiencia de protección, y esto acrecienta el sentimiento de pérdida y el sufrimiento. La privación de derechos adquiridos da lugar a luchas de resistencia, a veces desacreditadas y desesperanzadas. Pero fueron luchas de ese tipo las que llevaron adelante los artesanos ingleses, quienes expropiados por el avance de la llamada Primera Revolución Industrial del siglo XIX, inventaron y legaron para las generaciones siguientes una cultura del trabajo y de la solidaridad.

Hoy, el agravamiento de la desigualdad extrema en la distribución del ingreso y la riqueza es el problema central del Brasil. A esa creciente asimetría contribuyó, sin duda, el hecho de que, a partir de la década de 1960, se haya desalentado o bien destruido todo intento de reforma social, de reforma agraria, de reforma urbana y de universalización efectiva de la educación pública. Primero, con la dictadura militar y sus políticas de modernización con concentración del ingreso. Luego, a partir de 1985, con los sucesivos pactos entre las elites dirigentes y con la postergación de reformas sociales urgentes. Y, finalmente, con los intentos de aplicación de políticas neoliberales que exacerbaron las tendencias de exclusión social.

Desde ya, la anterior -y ahora debilitada-, concepción cultural y política que asociaba los derechos al mundo del trabajo puede revitalizarse, a partir de la búsqueda de nuevas expresiones de ciudadanía. Algunos puntos de partida posibles pueden situarse en el encuentro de un equilibrio de fuerzas entre el hombre y la mujer, tanto en la esfera pública como privada; en la reformulación del concepto de identidades étnicas indígenas y afro-brasileñas; en las luchas por la salud y la educación de las clases populares, así como en la defensa del medio ambiente.

Pero, más allá de esta propuesta, debemos reconocer que la proyección de los movimientos sociales –intensificados entre las décadas de 1980 y 2000–, la posibilidad progresiva de elegir representantes en los diversos niveles del Estado, las experiencias de gobierno en los niveles local y estatal, y la elección de un ex sindicalista metalúrgico e inmigrante nordestino como presidente de la República, todo ello produjo –no obstante las dificultades de las reglas del juego formales e informales del sistema político brasileño–, un cambio de ritmo en las transformaciones económicas que resultaban perjudiciales para los trabajadores. Es de esperar que la memoria y la herencia de los movimientos sindicales y sociales recientes (como los de defensa de derechos humanos y los ambientalistas), con su impulso de universalización de derechos y de solidaridad, se evidencien con mayor fuerza cuando sus representantes se enfrenten a la posibilidad de actuar en las diversas instancias del poder. •

www.revistatodavia.com.ar
todaVÍA # 14 | Agosto de 2006



ERNESTO BERRA
Acontece en el mar I, 2001
 Técnica mixta sobre tabla,
 70 x 74 cm

APUNTES SOBRE LA EXPERIENCIA CHILENA

Una mirada sobre la realidad chilena nos revela nuevas visiones sobre el trabajo, capaces de aunar los principios del derecho laboral con las características de las economías liberalizadas. La necesidad de generar empleos de calidad, la movilidad y la flexibilidad protegida, y la ampliación del campo de acción sindical se imponen como temas impostergables del diálogo social.

por GUILLERMO CAMPERO sociólogo, Universidad de Chile/OIT

A partir de mediados de la década de los setenta, la economía y la sociedad chilenas han vivido un proceso de profunda transformación. Sus orígenes deben buscarse en los cambios de la estructura económica orientados hacia la liberalización e integración al comercio y a las inversiones globales y en el régimen político autoritario que caracterizó esa etapa. Desde entonces, han surgido o se han replanteado temas que han ido conformando nuevas visiones sobre el trabajo. En este artículo nos centraremos en algunos de ellos que consideramos prioritarios, como el de la protección y el diálogo social, los derechos y el empleo como fuente de bienestar.

Una etapa de incertidumbre y posibilidades

En primer lugar, nos parece importante detenernos en una característica presente en todo este proceso: la incertidumbre. En efecto, los cambios experimentados en la década del setenta fueron tan marcados, que desarticularon las percepciones que importantes sectores de la población tenían sobre las reglas de la vida social y económica. Así, las nociones de competitividad, apertura, flexibilización y otras, aparecieron en la conciencia de parte de la población como amenazas, más que como oportunidades. La movilidad de los mercados de trabajo y las múltiples y volátiles competencias laborales fueron asimiladas en el imaginario colectivo como sinónimo de desempleo e inseguridad.

Esta situación de incertidumbre se debió no solo a la transformación estructural de la economía chilena, sino también al hecho de que estos cambios se iniciaron bajo un régimen político autoritario. Al no ser el resultado de consensos sociales y políticos, fueron percibidos, en gran medida, como ilegítimos. En un contexto de represión, se explica que las organizaciones sindicales y sus expresiones políticas adoptaran una posición centralmente defensiva.

Este análisis nos lleva a afirmar que toda transformación profunda como la vivida en Chile requiere, antes que nada, pasar por un proceso de legitimación. Para ello es necesario abrir un debate entre los actores sociales, con el fin de encontrar los acuerdos básicos acerca de cuáles son los cambios que representan posibilidades de progreso y cuáles no. Ésta es la primera conclusión sociopolítica que, más allá de los ciclos económicos de éxito o de crisis observados, arroja nuestro análisis de la experiencia chilena. A partir de allí, podemos avanzar con otras conclusiones sobre cultura y políticas del trabajo que consideramos fundamentales.

Hacia empleos de calidad

Hasta el presente, el proceso de transformación laboral en Chile ha mostrado que las políticas macroeconómicas que protegen rigurosamente la estabilidad del crecimiento son una base fundamental para la inversión y la creación de empleos. Sin embargo, ha quedado claro, además, particularmente en los últimos diez años, que no se trata solamente de aumentar las oportunidades laborales, sino también de asegurar la calidad del trabajo. En este sentido, es posible afirmar que un mercado extremadamente flexible y liberalizado como el chileno genera una rotación excesiva de los trabajadores que impacta de manera negativa sobre la capacidad empresarial de invertir en los

recursos humanos, y así impide mejorar su competencia profesional y su productividad.

La creciente movilidad de factores técnicos y humanos, derivada de la adaptación a una economía altamente abierta y competitiva, dio lugar a diversos fenómenos de reconversión y ajuste que afectaron la cantidad, la distribución sectorial, la estabilidad y la calidad de los empleos. Se hace necesario, entonces, diseñar políticas que apunten a lo que podríamos denominar "movilidad y flexibilidad protegida". Distintos actores públicos, políticos y sociales ya han comenzado a debatir este concepto, intentando identificar instrumentos que permitan a los trabajadores, a los empleadores y al gobierno desarrollar una política articulada que preserve, simultáneamente, las exigencias de adaptación de la economía y las protecciones y oportunidades que requiere el sector laboral.

En la agenda de estos debates, se han incorporado materias tales como la "flexibilidad pactada", que consiste en establecer acuerdos entre trabajadores y empresarios acerca de la forma en que deben aplicarse los mecanismos de flexibilidad. Frente a eventuales situaciones de ajuste, la idea es que ambas partes analicen de manera conjunta las respuestas y acuerden, a través de convenciones colectivas, los mecanismos que permitan transitarlas, conservando al máximo el número de empleos. Recientemente, también se ha comenzado a evaluar la importancia de establecer sistemas público-privados de certificación de competencias profesionales para que los empleadores dispongan de una información estandarizada acerca de las características profesionales de los trabajadores. Estos sistemas, al facilitar el conocimiento sobre la capacidad técnico-profesional, pueden mejorar la relación entre la oferta y la demanda a nivel nacional.

Otro tema central para la nueva agenda es el de la relación entre las remuneraciones y la evolución de la economía. Asociar de manera adecuada los ingresos a la productividad es un requisito indispensable para lograr coherencia entre la política laboral y la macroeconómica. La experiencia vivida en Chile hasta mediados de los ochenta indica que la simple rebaja de los costos laborales, así como la desregulación de los sistemas de despido, no resultan instrumentos eficaces para articular el crecimiento económico con los requerimientos de competitividad internacional. Por el contrario, ha quedado demostrado que la capacidad de competir de una economía abierta no se sustenta, en el largo plazo, sobre la base de una mano de obra barata y fácilmente prescindible, sino en una fuerza de trabajo entrenada para elevar la productividad. Creemos, por lo tanto, que adecuar las remuneraciones de los trabajadores a los ritmos de productividad constituye una exigencia para un desarrollo sostenido.

Finalmente, si nos detenemos en el tema de la seguridad social, consideramos que es imprescindible elaborar políticas que avancen en dos líneas. Por un lado, es necesario que el sector público y el sector privado actúen juntos: la responsabilidad en este ámbito debe ser compartida para asegurar un financiamiento sólido del sistema y garantizar el acceso de la población a niveles básicos de asistencia. Por otra parte, se hace necesario encontrar vías de acceso a la seguridad social más eficaces, particularmente para quienes trabajan con regímenes contractuales transitorios, parciales o de autoempleo y, en general, para los nuevos sectores que están surgiendo bajo formas denominadas "atípicas". Los sistemas clásicos, apropiados para los empleados permanentes, no son los adecuados para este otro tipo de trabajadores, por lo que resulta fundamental configurar mecanismos que respondan a sus características laborales.

Nuevos derechos laborales

La experiencia chilena ha sido particularmente compleja en el tema de los derechos laborales. Las políticas liberales representaron fuertes limitaciones a la libertad sindical y a las negociaciones colectivas. A pesar de que, a partir de 1979, se reconoció el derecho de sindicalización y de firmar convenios de trabajo, en la práctica siguió prevaleciendo la idea de que la agremiación y sus regulaciones protectoras constituían obstáculos para el funcionamiento del libre mercado.

Ahora bien, del estudio del período comprendido entre 1973 y mediados de los ochenta se desprende que una liberalización extrema del mercado de trabajo y de las relaciones laborales no necesariamente produce una adecuada asignación de los recursos materiales y humanos. Tampoco suministra mecanismos apropiados para la solución de conflictos que aseguren que la relación entre empleadores y trabajadores se desarrolle en un marco de estabilidad y de razonable equidad. La excesiva asimetría de poder erosiona la capacidad de integración social mínima que toda empresa requiere para funcionar con eficiencia.

Estas observaciones llevaron a reconsiderar la necesidad de generar mecanismos que permitan una

mayor integración social y cultural de los trabajadores a las nuevas realidades de la economía y de las empresas. Se reconoció que la integración de los trabajadores constituye un factor de gran importancia a la hora de garantizar los resultados –tanto macro como microeconómicos– que persiguen las políticas implementadas desde los años setenta.

En ese sentido, queremos mencionar algunos de los temas que se están debatiendo y que consideramos prioritarios. Por un lado, resulta imprescindible ampliar el campo de acción de los sindicatos para que puedan superar las posiciones básicamente defensivas a las que fueron recluidos y asuman una posición más propositiva. En segundo lugar, es necesario que el sindicalismo se transforme en un actor capaz de representar la diversidad de las nuevas realidades laborales y de expresar su creciente heterogeneidad. Esto supone, por parte de los sindicalistas, reformular la idea clásica del mundo del trabajo como una realidad única, en favor de un concepto que otorgue mayor relevancia a las diferentes características que éste adquiere en cada lugar. En tercer lugar, es necesario redefinir los contenidos específicos de los derechos que amparan a los trabajadores. Lo importante en una economía liberal eficiente no es limitar los derechos, sino reformularlos de manera innovadora, de acuerdo con los requisitos de las nuevas realidades. En efecto, la forma concreta de definir los derechos fundamentales en el trabajo no es la misma en la actualidad que la que caracterizó los modelos económicos anteriores.

Podemos afirmar entonces, a modo de conclusión, que nuestro análisis de la experiencia chilena indica que los principios en que se asientan los derechos fundamentales del trabajo son compatibles con las características de las economías liberalizadas, siempre que se tomen en cuenta las modalidades que los derechos pueden adquirir en situaciones nuevas y en constante cambio. Más aún, lo sucedido en Chile indica que esta economía requiere como factor de integración social un conjunto de derechos laborales bien definidos. Sin ellos, el riesgo de inestabilidad y confrontación puede aumentar, afectando la capacidad de desempeño exitoso en un contexto de alta competitividad. Es necesario destacar, desde ya, que lo anterior solo es posible mediante un diálogo capaz de generar las bases de un nuevo consenso entre los actores, condición fundamental para la equidad, la estabilidad, la legitimidad y el éxito de las transformaciones que ha adquirido el desarrollo económico y social. •

www.revistatodavia.com.ar
todaVÍA # 14 | Agosto de 2006

© Copyright, todos los derechos reservados. Registro de la Propiedad Intelectual 447527. ISSN 1666-5872



Fotografía
CRISTINA FRAIRE

LAS INCERTIDUMBRES HUMANAS EN TIEMPOS DE CAMBIO

Los trabajadores enfrentan hoy profundas transformaciones en el mundo laboral. Al igual que los primeros obreros de fines del siglo XVIII ensayan formas de resistencia, sienten temor ante un futuro incierto y nostalgia por el pasado perdido, suelo seguro de la identidad y las certezas.

por JUAN SURIANO historiador UBA, IDAES/UNSAM

Todos los grandes procesos de cambio económico que involucraron el trabajo del hombre han generado, a partir de las crisis de los modelos preexistentes, profundas modificaciones sociales y culturales. En esas coyunturas, una buena parte de los seres humanos siente dudas e incertidumbres por el mundo que se pierde y por un futuro que asoma impredecible. Es lo que ocurre con las transformaciones actuales del capitalismo y también con lo sucedido durante el advenimiento de la Revolución Industrial al despuntar el siglo XIX.

Hoy, el mundo laboral, especialmente el relacionado con el trabajo industrial, ha entrado en crisis. Como consecuencia del derrumbe del Estado de Bienestar y de los procesos de flexibilidad, las formas del trabajo se han transformado profundamente desde mediados de los años setenta y, particularmente de los ochenta, y afectaron de manera notable a los trabajadores. Estos cambios fueron acompañados por un impresionante salto tecnológico y el mundo fabril fue invadido por la automatización y la robótica, que modificaron las relaciones laborales y la propia producción de capital. El trabajo cronometrado y la producción en serie se han intensificado hasta límites impensados hace pocos años, avanzando un paso más en el camino de despojar al obrero de su saber y de su conocimiento del proceso de trabajo.

Pero el rasgo más preocupante ha sido el aumento del desempleo estructural y la evidente desproletarización fabril, que implica el achicamiento de la clase obrera. Esta característica se complementa con la tercerización del trabajo y una mayor heterogeneidad manifiesta en el ingreso masivo de la mujer al mercado laboral. Al mismo tiempo, produce una subproletarización que generaliza el empleo parcial y precario, denominado *gastarbeiters* en Alemania o trabajo en negro en América Latina e Italia. Mediante este tipo de empleo, Europa recluta su mano de obra entre los miles de inmigrantes pobres que llegan desde África, América Latina y Europa del Este.

Estos profundos cambios afectaron tanto a la estructura productiva, a las formas de representación sindical y política, como también a los propios estilos de sociabilidad obrera. Los derechos de los trabajadores, conseguidos a lo largo del tiempo con tanto costo, han sido desregulados debido a las necesidades del capital en esta nueva etapa. Es evidente que la inestabilidad laboral se ha transformado en una condición permanente y, sin duda, estamos atravesando la crisis más grave en la historia de la clase trabajadora, puesto que fue afectada material y subjetivamente. Como sostiene Richard Sennett, "es posible que la corrosión del carácter sea una consecuencia inevitable" en tanto el trabajo se ha convertido en algo efímero.

Sin duda, estas transformaciones han afectado a los trabajadores de todo el mundo capitalista, tanto en las economías centrales como en las periféricas, generando una fuerte incertidumbre frente al futuro, pero también diversas formas de resistencia. En este sentido, quiero apelar a dos imágenes muy elocuentes. La primera proviene del prolífico cine social inglés de los años noventa, que tan bien expresó el desmembramiento de la cultura obrera. Puedo optar entre varios films y elijo *Lloviendo piedras*, realizada por Ken Loach en 1993. Allí, Bob, un trabajador desocupado sin demasiadas posibilidades de conseguir empleo, vive con su mujer y su hija en un típico barrio obrero del norte de Inglaterra, empobrecido por el cierre de numerosas industrias, y que ha quedado al margen de la

estructura económica predominante. Por supuesto, su situación es angustiante. Sin embargo, está decidido a conseguir de cualquier forma que su pequeña hija tenga un vestido nuevo para la ceremonia de su primera comunión. Este acontecimiento menor, casi banal, posee un significado trascendente para Bob, pues se trata de obtener un bien tradicionalmente importante para la clase obrera inglesa, como es el vestirse de manera acorde los días festivos. Al perder el trabajo, conservar esa costumbre a través del vestido nuevo de su hija se convierte en una cuestión central para preservar su dignidad.

Para la segunda imagen me valgo de una nota publicada en el diario *Clarín* en el verano de 2002. En ella, un hombre que apenas ha superado los cuarenta años espera pacientemente, en la puerta de un comedor popular solidario del conurbano bonaerense, que su esposa y sus cuatro hijos finalicen el frugal almuerzo, producto de la caridad y la solidaridad de sus compatriotas. Abordado por el cronista del diario, aunque con reticencia, el hombre confiesa que hace tiempo ha perdido su trabajo en una fábrica de engranajes y, salvo algunas changas eventuales, no ha podido encontrar un empleo regular. Así, a su familia no le quedó otra posibilidad que apelar a la caridad ajena para sobrevivir, pero él se niega a entrar en el comedor pues siente una profunda vergüenza y una herida en su dignidad al no poder proveer, como tradicionalmente han hecho los obreros, el sustento a sus seres queridos.

Lo que me interesa rescatar de estas imágenes se relaciona con la perplejidad, incertidumbre y precariedad con que estos individuos viven transformaciones que los afectan de manera directa. No obstante, llevan adelante una fuerte resistencia cultural a darse por vencidos y, abandonados por el Estado y por los propios sindicatos, mantener su dignidad se convierte en la verdadera bandera de lucha, tanto al hacer todo lo posible para comprar un vestido, como al evitar la caridad del comedor popular.

Ahora bien, a pesar de estas imágenes negativas, aún no podemos prever cómo concluirá el actual proceso de cambio en el mundo del trabajo. Sabemos que el costo humano es muy alto, pero deberíamos apelar a la experiencia histórica para constatar que, cada vez que se han producido transformaciones de esta envergadura, los costos han sido elevados. En este sentido, podemos establecer una analogía entre el presente y la Revolución Industrial de comienzos del siglo XIX. Su irrupción generó un enorme entusiasmo, pero también dudas, temores e incertidumbres en amplios sectores sociales vinculados al trabajo preindustrial, un trabajo que –con la incorporación de la máquina de vapor y la fábrica– se transformaba rápidamente.

En realidad, la irrupción del capitalismo industrial implicó cambios estructurales profundos que involucraban los sistemas de poder, las relaciones de propiedad, la educación, las instituciones religiosas y la familia. En este contexto, las transformaciones del mundo del trabajo adquirieron dimensiones notables no solo por las modificaciones en las formas laborales, sino también por la inmensa cantidad de individuos que perdieron sus empleos, y formaron la primera gran reserva de mano de obra de la industria moderna. No debería olvidarse que el éxito de la primera fase de la Revolución Industrial se basó en la producción masiva de textiles baratos. Para ello y para obtener una rentabilidad adecuada, los empresarios impusieron salarios casi por debajo del nivel de subsistencia. Esto fue posible debido a la incorporación generalizada de mujeres y niños y por la importante disponibilidad de trabajadores a causa del alto nivel de desocupación.

Entre 1780 y 1840, miles de hiladores y tejedores manuales, rurales y urbanos, perdieron su trabajo cuando se mecanizó la producción en Inglaterra, y fueron pocos quienes pudieron emplearse por un salario en las novedosas fábricas. Aunque es cierto que durante este proceso una parte de la producción artesanal sobrevivió sin mecanizarse y convivió con el sector moderno, pueblos enteros dedicados al tejido y al hilado se empobrecieron y quedaron al margen del desarrollo, de la misma manera que, como hace dos décadas, le ocurrió a las poblaciones mineras. También el mundo agrario se vio afectado en este sentido. Si bien es cierto que el mayor porcentaje de los habitantes rurales terminó trabajando en las nuevas industrias o como jornaleros agrícolas asalariados, este ejército de desocupados engrosó una parte de la multitud de pequeños y medianos campesinos, que fueron expulsados de sus tierras por los cercamientos de las propiedades rurales que impuso el capitalismo agrario, y que terminó con sus comunidades. Es evidente que el éxito de la Revolución Industrial ocluyó la historia de estos miles de perdedores, que se vieron obligados a sobrevivir al amparo de la caridad paternalista de las leyes de pobres. En realidad, como sostiene el historiador Edgard P. Thompson, solo significaron una cifra en el libro de costos del proceso industrializador.

Ahora bien, hubo además otras víctimas. Me refiero a la multitud de trabajadores industriales que, desarraigada de sus antiguas formas de trabajo y de sociabilidad, debió adaptarse a los nuevos modos

de explotación que les imponía el capitalismo. Miles de familias rurales se trasladaron a las nuevas ciudades para emplearse. Acostumbrarse al trabajo en la fábrica y al hacinamiento habitacional fue una experiencia dura y compleja por una infinidad de motivos. ¿Cómo adaptarse a la disciplina fabril? Los nuevos obreros provenían en su amplia mayoría del campo. Durante generaciones sus actividades laborales, por cierto duras y pesadas, habían estado relacionadas con los ritmos de la naturaleza y orientadas al "quehacer", incluidas las tareas protoindustriales, como el tejido y el hilado en el domicilio, cuyo grado de sincronización era escaso. Era habitual que trabajaran desde el amanecer hasta el anochecer y que sus labores se intensificaran en ciertas épocas, como la de la cosecha, y se incrementaran también al incluir otro tipo de actividades, como la industria domiciliaria.

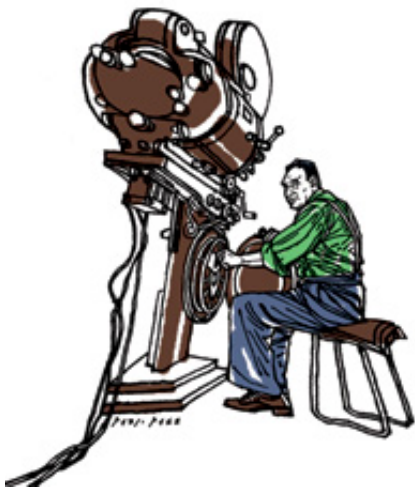
Ya desde el siglo XVII, el trabajo rural había comenzado a ser penetrado por la relación capitalista pues, a medida que comenzaban a cercarse los campos, la introducción de braceros asalariados transformó el trabajo orientado al quehacer diario en trabajo regulado. Es decir, el tiempo del patrón se convirtió en dinero y, consecuentemente, el tiempo del obrero no debía malgastarse. Pero donde este cambio se generalizó intensificando la explotación, fue en la fábrica, pues la mecanización requería un nivel de sincronía para el cual la disciplina laboral era un dato esencial. Los trabajadores debían cumplir largas jornadas de labor, enmarcadas por el sonido de la sirena tanto al entrar en la madrugada, como al salir al anochecer. Y cada jornada no sólo era larga, sino monótona y aburrida, lo que producía en el trabajador la alienación del placer en la tarea. Sin duda, el contraste con el mundo rural era notable, pues antes se alternaba la labor intensa con la ociosidad. Los días y semanas laborales eran irregulares y estaban salpicados de fiestas, ferias y del famoso San Lunes, día en el que la gente se dedicaba a gastar alegremente la paga semanal.

En 1820, en plena industrialización, un obrero fabril, hijo de un tejedor manual, recordaba los "buenos tiempos" cuando "el humo de la fábrica no ensuciaba la atmósfera", cuando "no había sirena alguna que les llamase a las cuatro o a las cinco de la mañana", cuando "había libertad para empezar y dejar de trabajar cuando quisieran". Seguramente esta mirada tenía un fuerte componente idílico y estaba cargada de nostalgia por el "mundo perdido", pero marcaba el rechazo hacia las nuevas formas de explotación, un rechazo que durante muchos años se expresó en el intento de mantener sus costumbres y luchar contra la rigidez disciplinaria. Es por eso que, en esa misma época, un observador se lamentaba de la falta de disciplina de los trabajadores pues en Londres, sostenía, "se guarda San Lunes tan religiosamente...generalmente seguido de un San Martes también".

Estos tejedores, más que rechazar los cambios inherentes a la Revolución Industrial, sentían temor como Bob, el trabajador desocupado de Loach, y como nuestro obrero anónimo del conurbano, frente a las incertidumbres generadas por los procesos de transformación, y además temían (y temen) la pérdida de su identidad pues percibían que se desestructuraba su familia, se despreciaban sus saberes laborales y se reprimían sus costumbres y tradiciones culturales. En este sentido, añoraban (y añoran) el mundo perdido. •

www.revistatodavia.com.ar
todaVÍA # 14 | Agosto de 2006

© Copyright, todos los derechos reservados. Registro de la Propiedad Intelectual 447527. ISSN 1666-5872



Artista invitado
PABLO PÁEZ

EL ACONTECIMIENTO INMÓVIL: JUAN JOSÉ SAER Y EL CINE

Narrar el presente y apresar el instante se conjugan en la técnica narrativa de Juan José Saer. El escritor construye así una poética que pone en escena la experiencia de la percepción del tiempo a través de los sentidos y que, a su vez, se vale del cine como instrumento para interrogar ciertas convenciones literarias.

por DAVID OUBIÑA crítico cinematográfico, profesor en la UBA y en la Universidad del Cine

¿Cuál es la relación que la literatura moderna establece con el cine? ¿En qué tipo de películas piensan los escritores? ¿Qué cosas toman los textos de los films? Fuertemente marcada por las innovaciones modernas en el estatuto de la narración, la obra de Juan José Saer no ha escapado al influjo magnético de lo cinematográfico. La importancia del cine en su formación literaria y en la composición de

sus novelas ha sido señalada tanto por los críticos como por el autor. Y así como nunca de enumerar su árbol genealógico de escritores (Joyce, Kafka, Faulkner, Proust, Flaubert, Musil, Borges, Di Benedetto, Arlt, Macedonio Fernández, Juan L. Ortiz), también cita con la misma perseverancia su tradición cinematográfica: Ingmar Bergman, Michelangelo Antonioni, Andrei Tarkovski, Yajuziro Ozu, Satyajit Ray, Robert Bresson, John Casavettes, Rainer Fassbinder y Jean-Luc Godard.

En sus inicios, Saer fue profesor de Historia del cine y de Crítica y estética cinematográfica en la Universidad Nacional del Litoral; también ha sido guionista de *Palo y hueso* (Nicolás Sarquís, 1967) y de *Las veredas de Saturno* (Hugo Santiago, 1985), entre otros films. Esa estrecha convivencia con cierto imaginario cinematográfico dejó marcas permanentes en su escritura. El carácter organizador de la mirada, los cambios de perspectiva, la construcción del espacio, el *slow motion*, el desmontaje de las acciones, el manejo del *flashback*, el fuera de campo o el aprovechamiento de los tiempos muertos son técnicas que el escritor aprende del cine y que –sobre todo en los textos escritos a finales de los sesenta y principios de los setenta– le sirven para cuestionar la linealidad narrativa y la estética realista. Al mismo tiempo, sin embargo, sus novelas resultan refractarias a la adaptación cinematográfica y trabajan a partir de un modo de representación irremediabilmente distinto. Se podría decir que Saer usa ciertas técnicas del cine para separarse del relato literario clásico y, en ese movimiento, construye una nueva forma de especificidad literaria.

Frente al modelo clásico lineal, Saer propone un relato circular, recursivo y fragmentario. No una literatura de avance, que desarrolle una sucesión de acontecimientos dentro de la estructura progresiva de una historia sino, más bien, una literatura gerundial, en suspensión, aferrada a la prolongación casi infinita del instante. A propósito de *Nadie nada nunca*, Beatriz Sarlo afirma que Saer postula una *teoría del presente*: “Lo que en la novela se cuenta, más que un conjunto de peripecias o la historia de una subjetividad negada, son los *estados* del presente, que deja de ser lineal para adquirir el espesor que le proporcionan los leves desplazamientos de perspectiva. El espesor resulta, también, de las formas en que se escribe de manera cada vez más expandida, el mismo *estado* del presente” (*Punto de Vista* N° 10, 1980). En efecto, lo que esa novela quiere capturar, lo que en general toda la literatura de Saer asedia a través de expansiones y cambios de perspectiva, es el modo en que transcurre un instante, cómo flota el presente en la experiencia, cómo reverbera fugazmente en una mirada, en suma, cómo “narrar la percepción”.

¿Qué toma Saer del cine en el nivel de los procedimientos? Se podría responder: la fragmentación y la detención. He ahí las técnicas que definen el mecanismo del registro cinematográfico. Para lograr una

proyección fluida del movimiento y del tiempo, el cine debe capturar las acciones parcelándolas y congelándolas. De allí resulta que el registro y la proyección son momentos opuestos y complementarios. (Significativamente el aparato ideado por los Lumière contenía en sí mismo esa contradicción: era cámara y proyector a la vez). Digamos que, para proyectar la continuidad, es preciso pasar por lo discontinuo. En *La mayor*, en *El limonero real* o en *Nadie nada nunca*, por ejemplo, la percepción funciona por fragmentación: para procesar la gran masa de informaciones que recogen los sentidos, es preciso segmentar el entorno, aislar allí un momento, descomponerlo y examinar sus partes analíticamente. Aunque, al hacerlo, es inevitable que se produzca una sensación del objeto en la que éste no puede reconocerse. Para describir la acción en apariencia simple de engullir un bocado, es preciso atravesar un laberinto de pequeños actos autónomos. Como una parodia de la célebre escena de Proust, Saer anota en *La mayor*: "Sopo la galletita en la taza de té, en la cocina, en invierno, y alzo, rápido, la mano, hacia la boca, dejo la pasta azucarada, tibia, en la punta de la lengua, por un momento, y empiezo a masticar, despacio, y ahora que trago, ahora que no queda ni rastro de sabor, sé, decididamente, que no saco nada, pero nada, lo que se dice nada. Ahora no hay nada, ni rastro, ni recuerdo, de sabor: nada".

Sin duda, *Glosa* es la gran novela sobre la detención: la acción completa del texto cabe en el espacio acotado de las veintiuna cuadras que recorren juntos Ángel Leto y el Matemático. Allí se extrema el procedimiento para extraer el máximo de información en cada instante de la caminata. Si los recursos cinematográficos ocupan un sitio original en la escritura de Saer, es porque hace un uso subversivo del medio. Lo que le interesa, por lo tanto, no es su efecto de fluidez sino su capacidad para producir un desmontaje del movimiento. No sólo aprovecha el cine como instrumento para interrogar ciertas convenciones o procedimientos literarios cristalizados sino que, en ese movimiento, el propio dispositivo cinematográfico es puesto en cuestión. Se trata de una doble violencia que lo vuelve irrecuperable para las prácticas institucionalizadas, tanto del cine como de la literatura. En lugar de descansar sobre la construida fluidez de las imágenes fílmicas, utiliza lo cinemático como una interferencia que provoca la inmovilidad. Puesto que la mayor paradoja del cine es que permite representar la continuidad y el movimiento a partir de la fragmentación y la detención, Saer saca provecho de ese conflicto que está en la base de las películas: no adopta el modelo de la representación cinematográfica dominante sino que usa sus técnicas de registro como estrategia de producción literaria.

¿Cómo se narra el presente? ¿De qué manera es posible registrar con fidelidad ese estado en todas sus variaciones si, para capturarlas, es preciso dar cuenta de sus prolongaciones, su avance inevitable, su orden? ¿Cómo escribir el transcurrir, cómo escribir el movimiento si toda extensión supone una direccionalidad y, por lo tanto, una progresión? Para no imponer una causalidad al relato del presente, Saer trabaja a partir de una acumulación de breves instantáneas, cada una de ellas sin memoria respecto de las anteriores. De esa forma su escritura alcanza un transcurrir inmóvil: una captura de los movimientos como superposición de placas detenidas, cada una después de las otras, cada una encima de las otras. Los instantes existen sólo una vez, sin continuidad, sin contigüidad. Después de que han tenido lugar, no se fijan ni se acumulan en la experiencia sino que se desatan, quedan sueltos y se pierden. Si todo lo que cae fuera del presente es tragado por la nada, a su vez el presente es –por definición– lo que no permanece. Y así, excluidas del flujo continuo, las cosas se arriesgan a la dispersión o la ausencia.

Saer trabaja la escena como un plano cinematográfico, a la manera de Antonioni: los lugares no se caracterizan tanto por aquello que los habita sino por esa amenaza de la ausencia. El espacio es, potencialmente, un vacío. De manera que todo el trabajo de composición consiste en devastar el plano y en aislarlo. No hay un espacio fuera del encuadre que complete lo mostrado; todo aquello que sale de los límites de la imagen es atrapado por un fuera de campo absoluto. Lo mismo sucede con los textos de Saer. Ésa es la paradoja de estas narraciones. Como si las cosas únicamente subsistieran mientras son sostenidas por la mirada que las describe. Y luego, más allá de ella, desaparecen. Así, la escritura restituye al mundo su carácter de enigma y ejerce sobre él las tareas de una auténtica interrogación. Lo que le interesa a esta literatura no es el film en tanto representación de la fluidez, sino ese punto de descomposición en donde toda acción se reduce a una serie de momentos inconmensurables. Capturada en su propio reverso, en su negatividad, la imagen cinematográfica exhibe un carácter no reconciliado consigo misma.

"Los pedazos no se pueden juntar" es lo último que dice el obrero Luis Fiore en *Cicatrices*, antes de arrojarle por la ventana hacia el vacío. En *Nadie nada nunca*, el ex campeón de permanencia en el agua descubre, luego de setenta y seis horas flotando, que el mundo ha estallado en pedazos delante

de sus ojos: "Hasta donde su vista pudiera alcanzar, es decir, todo el horizonte visible, la superficie que lo rodeaba, en la que ya no era posible distinguir el agua de las orillas, parecía haberse pulverizado y la infinitud de partículas que se sacudían ante sus ojos no poseían entre ellas la menor cohesión". Y en *Las nubes*, perdido en medio de la llanura pampeana, el doctor Real advierte de pronto que ha sido expulsado a los suburbios del universo: "Me di cuenta de que, en ese mundo nuevo que estaba naciendo ante mis ojos, eran mis ojos lo superfluo, y que el paisaje extraño que se extendía alrededor, hecho de agua, pastos, horizonte, cielo azul, sol llameante, no les estaba destinado". Ese extravío de sí es una característica que puede rastrearse en otros textos de Saer y que funciona como un núcleo sobre el cual se construye su poética.

En la acumulación de pequeños presentes aislados, Saer construye una poética que pone en escena la experiencia de una percepción desoladoramente fragmentaria, es cierto; pero también retrotrae las cosas hasta un punto en el que el conocimiento ya no se encuentra colonizado por la costumbre, sino agujijoneado por el afán exploratorio.

La potencia de esta escritura consiste en encontrar el pasadizo entre cada fragmento insignificante y la totalidad inabarcable. Entonces, finalmente, la literatura es investida de una función crítica porque se vuelve incontrolable y, a lo largo de una obra perfecta, hace que cada instante se proyecte sobre la perspectiva majestuosa de una cosmogonía. •

www.revistatodavia.com.ar
todaVÍA # 14 | Agosto de 2006

© Copyright, todos los derechos reservados. Registro de la Propiedad Intelectual 447527. ISSN 1666-5872

¿ARTE CONCRETO EN LAS CALLES BAHIANAS?

Hace unos años, la artista argentina Nora Dobarro visitó por primera vez la ciudad de Feira de Santana, zona de planicie semiárida del nordeste brasileño.

Inmediatamente quedó sorprendida por la particularidad de las puertas y portones de las casas feirenses, que tienen una enorme presencia visual en el tejido urbano. En principio los asoció, por sus formas y colores, a máscaras y escudos propios de la cultura del África, tierra de origen de una porción importante de la población de Feira.

Gran parte del arte africano privilegia las formas sin analogía con la naturaleza. A principios del siglo XX, su síntesis, su planimetría y sus colores puros despertaron gran interés en los artistas europeos. Ese interés fue vital para el desarrollo del cubismo y para el surgimiento de una mirada diferente que se halla también en el origen de la estética del movimiento de arte concreto, migrado a la Argentina y el Brasil a mediados de ese siglo.

El inesperado encuentro, en las rejas y portones de Feira, con formas colectivas que la artista vinculó tanto al arte concreto como a su propia producción, transformó aquella primera visita en una obra plástica que continúa hasta hoy: el **Proyecto Arte Concreto en la Calle**. Éste comprende más de 800 fotografías, un video-documental con registro musical, video-reportajes de los *serralheiros* (protagonistas de este fenómeno de arte aplicado) y de los artistas feirenses que colaboraron con el proyecto desde su inicio.

Los portones de Feira no son artefactos utilitarios relegados a la estricta función de marcar límites, vistos desde esta nueva perspectiva estética. Ella ilumina posibles rutas de circulación de las imágenes y señala el valor de la integración de los fenómenos culturales de la región. •

www.revistatodavia.com.ar
todaVÍA # 14 | Agosto de 2006





ERNESTO BERRA

ENSAYOS SOBRE LA MATERIA

Camino por mi barrio y veo los tapiales, las paredes descascaradas, las fachadas y las puertas en mi cuadra; es imposible escapar del lugar donde uno vive. E.B., 2004.

por VERÓNICA MOLAS periodista

Muro, fachada, construcción, medianera, la casita pobre: estas señales en los títulos de las obras de Ernesto Berra aluden a una realidad, la del paisaje urbano. Sin embargo, su pintura nunca abandona un destino ligado al arte abstracto, a la idea de que el lienzo es un campo de juego, un espacio para explorar las propiedades físicas de la materia.

Foto
VERÓNICA BERRA, 2002

A partir de los años ochenta, su pintura descubre en la materia, el color y la luz, el sentido para ejercer una mirada artística. Desde entonces, sus imágenes irán depurándose para resignificar, en una estética propia, la influencia de tendencias como la abstracción constructivista, el informalismo y el tachismo, que se reconocen en sus pinturas y, más tarde, en sus objetos.

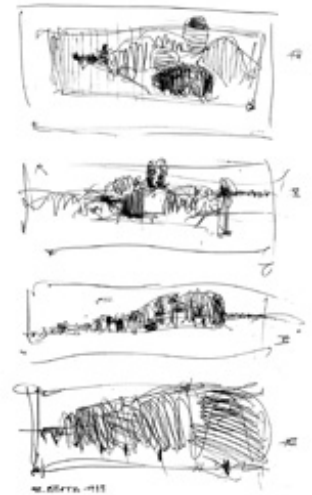
Puede afirmarse que la materia rige la cosmovisión artística de Berra, tanto cuando trabaja sobre tela, como cuando lo hace sobre madera, cartón o papel. Es, de este modo, la base de operaciones en la que se impone una imagen, la del paisaje vivido, ya se trate de los motivos naturales o de los muros urbanos. Es el pintor mismo quien afirma que en su obra la materia es generadora, movilizadora: "Experimentar diversas técnicas en una obra me lleva a realizar otras y así sucesivamente".

Sus búsquedas más personales se han enlazado con los distintos lenguajes que indagó. En su infancia trabajó en la carpintería de su padre, en el barrio San Martín; a ese conocimiento le sumó, luego, la influencia que recibió de Joaquín Torres García y del artista cordobés Marcelo Bonevardi. Sus aportes se reflejan con claridad en las construcciones que Berra desarrolla en los años noventa.

La vida en distintos barrios tradicionales de Córdoba –San Martín, Alta Córdoba y General Paz–, de casas de fachadas sencillas, le permitió redescubrir los muros y volverlos pintura. Las "descascaradas superficies de una medianera de barrio", en palabras del crítico Gabriel Gutnisky, despertaron su interés por llevar el plano de la pintura hacia el objeto. Sus muros serenos transmiten el espíritu de los pintores metafísicos de Córdoba como Onofrio Palamara. Reviven, además, un clima que se remonta a los italianos Giorgio De Chirico y Carlo Carrá y a los solitarios paisajes urbanos de Ernesto Farina o Manuel Reyna. Pero, al mismo tiempo, el artista continúa su clara línea constructivista al incorporar maderas y clisés de imprenta en sus ensambles.

Ni la genealogía local ni la influencia de los pintores *matéricos* europeos y estadounidenses restaron singularidad a la mirada de Berra. Los revoques blancos de las casas, de las tapias, o de las casitas viejas de los barrios General Paz o Pueyrredón se reflejan en sus obras claras. La arena, las piedras molidas y los carbonatos, incluso la arcilla de distintos colores que utiliza, son de Córdoba. Más allá de la materia y de la textura que ésta produce, el color que aparece en la obra es el de su entorno. Así lo cree el propio Berra, al medir su proyecto: "Mi tendencia va más a la abstracción, pero cuando pongo un azul, posiblemente estoy poniendo el azul del cielo de Córdoba. Lo mismo ocurre con la luz, tan particular de esta provincia".

De modo similar, el artista encuentra, en los barrios humildes, una diversidad de materiales que lo



inspiran: cartones, maderas, plásticos, nylon y chapa oxidada. En íntima relación con esta peculiar mirada, una de sus últimas series se titula *La casita pobre* (2002). También los elementos que revelan el paso del tiempo marcan su producción: puertas descascaradas por el uso y los años, con muchas manos de pintura. "Son registros, apuntes que tomo naturalmente todo el tiempo y en cualquier lugar, alrededor de mi casa. Una puerta vieja y desvencijada puede ser el detonador para una obra", confiesa.

Lo cotidiano se transfigura y reaparece fuera del contexto original, en objetos nacidos del diálogo entre pintura y materiales industrializados o de segunda mano, como cintas de embalaje, pequeñas varillas de madera, latas con inscripciones y alambres o cables de alta tensión. Así, uno de estos cables puede cruzar el cielo y transformarse en el horizonte de un paisaje abstracto.

En la serie *Sueños fabriles* (2000), Berra continuó desarrollando la textura de los muros: "La primera impronta en mi obra es bastante gestual, después necesito poner una línea, alguna tensión, un objeto que me ayude a componer y armar la obra. Voy tomando cosas de la propia realidad. Las fachadas de las casas tienen una cornisita para parar el agua cuando llueve. Cuando aparecen en la obra, estos referentes figurativos se tornan abstractos. El alambre está supliendo estéticamente al trazo de la línea. Lo asocio al tendido eléctrico que pasa frente a las casas".

Por otro lado, en el protagonismo de la tela (en un juego donde interviene el pliegue, el hilo y la rotura) hay un lazo de familia con el italiano Alberto Burri, expresionista abstracto que empleaba materiales pobres en sus trabajos, quemaba las telas y las cortaba. Cuando en algunas obras de la última década el artista deja zonas limpias de tensión, apenas interrumpidas por un tajo que aparece como una herida en la superficie, se adivina, por último, la lección de Lucio Fontana. El tratamiento al que somete la tela transmite cierta sensualidad. "Soy el primero en sentir eso", consiente.



La casita amarilla, 2002
Objeto escultórico.
Madera pintada y patinada,
18 x 26 x 8 cm

Berra regresa al taller luego de comprar las telas, las moja y las deja secar arrugadas, esta preparación va creando un clima de trabajo. Cuando los lienzos están listos, los selecciona y los cose entre sí, los pega con tiza y cola sobre bastidores que él mismo realizó, y en este proceso va concretando la acción de agregar y quitar. Esa primera impronta va gestando la obra.

Simultáneamente, incorpora otros materiales, como pigmentos, cargas en polvos, arena, piedras molidas en granos muy finos, sustancias oleosas y acuosas, trazos con lápices o tizas de colores. Luego tajea las telas con algún elemento cortante, y las deja secar algunos días más. Las observa, y continúa haciéndoles ajustes finales.

Cada vez más, extrema los silencios y reduce al mínimo ese puro acto de pintar. La tela y los dobleces que genera son el soporte de manchas monocromas, zonas solo interrumpidas por los elementos extra pictóricos o por algún grafismo. "Desde hace bastante tiempo –afirma– siento ganas inmensas de hacer obras casi blancas, muy minimalistas, con mucho espacio y pocos elementos. Es como si quisiera interpretar el silencio". •

www.revistatodavia.com.ar
todaVÍA # 14 | Agosto de 2006

© Copyright, todos los derechos reservados. Registro de la Propiedad Intelectual 447527. ISSN 1666-5872



VIOLETA PARRA Y LA NUEVA CANCIÓN CHILENA

La obra poética, musical y plástica de Violeta Parra inauguró el campo estético que se consolidó en los años sesenta. La originalidad y vigorosa difusión que alcanzara esa propuesta constituyen hoy un legado para las nuevas generaciones de cantautores chilenos.

por JUAN PABLO GONZÁLEZ musicólogo del Instituto de Música de la Pontificia Universidad Católica de Chile

Un país geográficamente aislado como Chile, con bajos índices de inmigración europea, con una población negra que emigró tempranamente a los países del Norte; un país que ha construido su identidad mirando hacia el campo, y en el que el mestizaje cultural ha sido obviado por sus artistas e intelectuales, mal pudo desarrollar una música popular que lo representara internacionalmente.

Han sido los aportes cosmopolitas, urbanos, negros y mestizos los que han dado forma a las músicas populares modernas de nuestro continente, aquellas que han conquistado el alma y el cuerpo de millones de habitantes del siglo XX. Todo eso faltó en Chile, o se produjo en pequeña escala, y transformó al público y a los músicos chilenos en obligados importadores de lo mejor de la música popular de toda América.

Dentro de este panorama, resulta sorprendente el impacto de Violeta Parra y de los músicos de la Nueva Canción Chilena en América y en Europa, pues lograron construir una propuesta estética trascendente, a pesar de tantos elementos en contra.

En una tierra más bien austera en expresiones musicales populares, el legado de Violeta Parra consistió, precisamente, en ampliar las influencias de la canción chilena, incorporando prácticas musicales del pasado y de otras zonas geográficas, aunque siempre dentro de una drástica economía de recursos.

Las canciones de Violeta, atractivas por su sinceridad expresiva y por su notable factura formal y performativa, son de su tiempo, de un tiempo de agudos conflictos sociales y políticos que por primera vez fueron expresados en forma elocuente por la canción popular. En su obra poética, musical y plástica, impacta la frontalidad de su crítica en una tierra de eufemismos; la mezcla del amor humano con el divino en una sociedad católica, y su libertad para vivir y ser mujer en una época sin feminismos.

Si bien sus canciones pueden parecer coyunturales, trascendieron su época y despertaron nuevos significados en las audiencias. "Gracias a la vida", "Volver a los diecisiete", "Me gustan los estudiantes", "La carta", "Arauco tiene una pena" y "Run Run se fue pa'l Norte", por ejemplo, son canciones de amor, de dolor y de lucha, creadas hace más de cuarenta años y que, sin embargo, mantienen toda su frescura y fuerza originales.

Para ampliar la paleta sonora y expresiva de la canción chilena, Violeta desenterró ritmos, instrumentos y géneros musicales sepultados por el tiempo. "Voy a *desentierrar* canciones", decía. Así, recorrió su país, tal como lo habían hecho Béla Bartók, Heitor Villa-Lobos o Atahualpa Yupanqui, recolectando repertorios y formas de interpretación que luego difundiría y fundiría en su propia creación.

Al conjugar lo aprendido con su propio impulso creativo, Violeta recrea la tradición, no como Villa-Lobos y su concepto de "el folclore soy yo", sino más bien con el sentido de "yo soy el folclore", es

decir, "pertenezco a la tradición y la reinvento", situación que, por lo demás, siempre se ha dado en la cultura oral. Violeta recrea la tradición no solo al resignificarla por un nuevo uso, sino reinventando sus propios materiales: nuevos ritmos, instrumentos, géneros y prácticas performativas surgen de sus manos como palomas de greda.

En Violeta, hay una conciencia de artista que la hace recorrer caminos propios y originales. Ya sea por la crucial influencia de su hermano mayor, el *antipoeta* Nicanor Parra, ya por haber expuesto sus tapices en el Museo de Artes Decorativas del Louvre, o por vivir *artísticamente* su vida, ella instala un campo estético y popular propio. Sobre este campo se construirá la Nueva Canción Chilena (NCC).

La aparición de la NCC, que alcanzó ribetes de movimiento cultural en los años sesenta, fue posible gracias a talentos individuales como el de Violeta, al que se suman sus hijos Angel e Isabel, junto a Víctor Jara, Rolando Alarcón y Patricio Manns. Sin embargo, actualmente en Chile también existe un grupo de cantautores jóvenes cuyo talento podría equipararse a los de Jara, Alarcón o Manns, pero su impacto en la sociedad chilena es mucho menor. ¿Qué puede haber pasado?

En los años cincuenta, el mundo vivía una fuerte corriente de rescate de expresiones folclóricas que, en la década siguiente, impulsará el desarrollo de una figura nueva dentro de la escena urbana de la música popular: la del cantautor. Junto a una guitarra henchida de ritmos folclóricos, el cantautor introducirá el concepto de autor en la canción popular, hasta entonces asociada a la figura del intérprete.

Con el cantautor, la audiencia estará frente a un artista completo y autónomo, que ha escrito la música y la letra de su canción, que la canta, la toca y hasta es su productor discográfico. El cantautor se expresa directa y auténticamente por múltiples canales, entregando sus sentimientos, experiencias y visiones personales transformadas en canción. Si el cantautor dejara de cantar, es porque se ha puesto a escribir o a predicar, dos facetas relacionadas con su oficio, que emergen cuando calla la guitarra.

La guitarra es su instrumento característico y, debido a la fertilidad de la que goza en América Latina, nuestros cantautores tendrán un continente musical en sus manos. Esta guitarra-continente ha sido receptáculo de una enorme variedad de ritmos y formas de ejecución, lo que explica que un Caetano Veloso sea tan distinto de un Daniel Viglietti o de un Víctor Jara. Los tres con diferentes voces, pero con la misma guitarra.

Esta condición continental de la guitarra se aprecia nítidamente en los cantautores chilenos de los años sesenta, quienes la hacen estallar en mil sonidos, produciendo el ensamble latinoamericano de la Nueva Canción. La guitarra será la convocante de un abanico de instrumentos con los que tradicionalmente ha estado asociada: la quena, la zampoña, el charango, el tiple, el cuatro, el bombo y muchos más. Este ensamble se cristalizará en los dos grupos señeros de la NCC: *Quilapayún* e *Inti-illimani*, ambos asesorados por un cantautor –Víctor Jara– y por un compositor –Luis Advis–, respaldados por el proyecto de una nueva sociedad.

La Nueva Canción se desarrollará en Chile hasta el golpe militar de 1973 y en Europa, durante los años del exilio, que se prolongará hasta fines de los ochenta, manteniendo un perfil un tanto autónomo respecto de la música popular y de la industria musical en general. Sin embargo, la NCC posee límites permeables con la proyección folclórica por un lado, y con la fusión y la *world music* por otro. Además, a lo largo de su historia, influirá en el rock de fines de los años sesenta y en el Canto Nuevo y la música de concierto durante la dictadura militar chilena. Y será, después, un referente insoslayable para la generación de músicos independientes surgida en democracia.

La mezcla instrumental desarrollada por la NCC y su perfil de música elaborada y abierta a la innovación constituye todo un modelo para el desarrollo de nuevas mezclas y elaboraciones musicales. Desde el retorno de la democracia, Chile ha aumentado su apertura a las influencias externas, aunque siempre se ha visto amenazado por el peligro de permanecer sepultado bajo ellas.

Hoy, los nuevos cantautores chilenos permanecen confundidos bajo la maraña de sonidos que envuelve la escena contemporánea, y el rescate del folclore ha sido sustituido por el husmeo en las *músicas del mundo*. Si a esto sumamos la inconmensurable circulación de música que enfrenta al auditor actual y la tiranía ejercida por el mercado, podremos imaginar a los nuevos Víctor Jara y a las nuevas Violeta Parra, si los hubiese, teniendo que esperar su turno en la larga fila de estrellas de fin

de semana que colman las pantallas de televisión, las ondas radiales y las oficinas de los sellos discográficos.

Finalmente, los nuevos cantautores chilenos se han alejado de la industria establecida, cultivando un modo independiente de producción y distribución de su obra, que ha sido precariamente autofinanciado o subsidiado desde fines de los años ochenta por fondos públicos concursables. Entre las nuevas cantautoras, se destacan Magdalena Mattehy, Elizabeth Morris y Francesca Ancarolla y, entre los cantautores, Francisco Villa y Gepe. A ellos se suman dos *ochenteros*, Luis Lebert y Joe Vasconcellos, y un *setentero*, Eduardo Gatti, aún en vigencia. ¿Serán los nuevos Violeta y Víctor? Probablemente no, por lo irreplicable de las figuras históricas, aunque todavía estamos lejos de poder medir su trascendencia.

A partir del imperio del diseño y el *remake* posmoderno, el pop parece gobernarlo todo. Lo hace al amparo de poderosas corporaciones internacionales del entretenimiento que colman nuestros parlantes de "bom, bom, bom, bom" bien ecualizados. Ante ellos, el cantautor solo puede mantenerse al margen. No es que el cantor se haya callado, somos nosotros los que no logramos escucharlo. •

www.revistatodavia.com.ar
todaVÍA # 14 | Agosto de 2006

© Copyright, todos los derechos reservados. Registro de la Propiedad Intelectual 447527. ISSN 1666-5872



Artista invitada
BLANCA MACHUCA

**Amuleto para
proteger
el corazón**, 1998
Técnica mixta,
35 x 35 cm

LA VOZ MEDIADA

Hay libros que dan la palabra a quienes históricamente no han tenido acceso a ella. En la mayoría de los casos, es un intelectual el que entrevista a los protagonistas y luego organiza ese material, siguiendo las pautas de la lengua escrita. ¿En qué medida esos testimonios conservan la fuerza de la denuncia original? ¿Cómo desafiar las leyes del género? Hay al menos un texto que abre el camino en esta dirección.

por LAURA ISOLA profesora de Literatura, UBA - Universidad de San Andrés

Las tapas de los libros *Me llamo Rigoberta Menchú y así me nació la conciencia* y *"Si me permiten hablar..." Testimonio de Domitila, una mujer de las minas de Bolivia* exhiben el problema del género testimonial de la manera más elocuente y enfática que cualquier tratado o investigación sobre el tema.

En la portada del primer texto, que es de 1985, la cara sonriente de Rigoberta Menchú duplica su nombre en el título: se muestra con el traje de indígena quiché y el arreglo típico en el peinado para presentar la historia de su vida, que es la de todo un pueblo. La fuerza de esa imagen se acrecienta si leemos un epígrafe de su autoría incluido en el interior: "Lo que a nosotros los

indígenas nos duele más es que nuestro traje lo ven bonito pero la persona que lo lleva es como si fuera nada". Revertir esa nada existencial parece ser el propósito de esta mujer tan hermosamente ataviada. El diseño de tapa no parece contener nada objetable, hasta que advertimos que, junto al título con el nombre de la testimoniante, aparece el de la antropóloga Elisabeth Burgos-Debray. Es ella la que está en el lugar de la autora. Para la editorial, será ella la depositaria de los derechos, después de haber grabado, transcrito, ordenado y reescrito el material, después de haber elegido los epígrafes y haber elaborado la nota introductoria y las demás explicaciones de los ocho días que Rigoberta pasó en su departamento de París, contando, en un castellano aprendido hacía tres años, su historia de vida. Con respecto a esta situación, en 1987 la protagonista declaró: "[El libro] no me pertenece ni moralmente ni políticamente ni económicamente. Yo lo he respetado mucho porque jugó un inmenso papel para Guatemala. Pero yo no tuve derecho de decir si el texto me gustaba o no, si era fiel a los datos de mi vida. Ahora mi vida es mía, por lo tanto creo que ya es oportuno decirlo, que no es mi libro... Pienso que todos aquellos que tengan sus dudas sobre la obra deben acudir a ella, porque incluso, legalmente, yo no tengo derechos de autor ni regalías ni nada de eso". A esto se le suma la polémica que encendió David Stoll con su libro *Rigoberta Menchú y la historia de todos los guatemaltecos pobres*, en 1999, cuando no sólo puso en tela de juicio el trabajo de Burgos-Debray sino la mismísima veracidad de los dichos de la protagonista. Allí vuelve a aparecer la ganadora del Premio Nobel de la Paz en la portada y aún se la ve sonriente. Sin embargo, el antropólogo revisará cada uno de sus testimonios orales con la vara de la documentación: confrontará las fechas, los nombres, los datos, y concluirá que Rigoberta inventó gran parte de su vida. Sin ánimo de entrar en la polémica, es interesante observar el mecanismo que el propio testimonio pone a funcionar: confrontar la verdad de la memoria. O algo más o menos así.

Domitila Barrios de Chúngara es una mujer de los Andes bolivianos, esposa de un trabajador minero, madre de siete hijos, única integrante de la clase obrera que participó en la Tribuna del Año Internacional de la Mujer, organizada en México en 1975 por las Naciones Unidas. En la tapa del libro que se publica dos años después de este evento, pide permiso para hablar. También aparece en una foto, con la manta que le cruza la espalda, y cargando, probablemente, a un niño pequeño. Una vez más, a su nombre y a su imagen se le adjunta otro nombre de mujer: Moema Viezzer, educadora brasileña que ha sido supervisora de proyectos de desarrollo comunitario en áreas del nordeste de Brasil y se dedica, en la actualidad, a programas de investigación sobre la educación y la

comunicación populares. En ese texto se expone detalladamente la vida de los mineros, que realizan un trabajo peligroso, sacrificado y mal remunerado, y se señala la escasez que sufren en todos los ámbitos: vivienda, atención médica, servicios sanitarios, comida, etcétera. El relato se cruza con la vida de la mujer de un minero que debe cuidar a los niños y realizar trabajos informales para completar el magro salario de su marido. Hasta aquí se trataría de una descripción casi costumbrista, no desprovista de escenas dolorosas. Pero el relato de Domitila, tal como está organizado en el libro, cuenta algo más: su lucha y su plan de acción. Estas dos últimas facetas del testimonio lo acercan al de Rigoberta, ya que ambos transgreden lo meramente informativo y presentan el texto como un elemento de lucha: porque denuncia, porque revela, porque insta al cambio.

Lo llamativo es que éstos no son casos aislados ni meras coincidencias: la voz del testimoniante es una voz mediada. El letrado solidario, el intelectual que presta su letra para que los que no tienen voz puedan hacerse escuchar, encarnan las versiones más o menos consensuadas del género. Por otra parte, el proyecto político que los testimonios enarbolan deja un poco de lado el estatus estético: la vanguardia no reside en la forma sino en el contenido. Son escrituras de denuncia que promueven la acción.

Sin embargo, como se verá, éste no es el único modelo de mediación, como tampoco el único ejemplo de que la lucha política solo es posible mediante la estrategia de la denuncia. Para decirlo mejor: hay un libro, *El Padre Mío* (1989), y una autora, la chilena Diamela Eltit, que servirán para conformar la periferia del canon, ese lugar inestable que no termina de delimitarse nunca. Una opción deliberada que elige contar la voz del otro y denunciar un sistema autoritario y dictatorial, aunque parezca que está hablando de otra cosa.

El caso testigo

Si siguiéramos la lógica del canon literario y nos propusiéramos armar una lista de los testimonios, ésta incluiría los siguientes textos, según su fecha de publicación: *Biografía de un cimarrón*, 1966, de Miguel Barnet, *Hasta no verte Jesús mío*, 1969, de Elena Poniatowska, "Si me permiten hablar..." *Testimonio de Domitila...*, 1977, de Moema Viezzer, *La montaña es algo más que una inmensa estepa verde*, 1982, de Omar Cabezas, *Me llamo Rigoberta Menchú y así me nació la conciencia*, 1985, de Elisabeth Burgos-Debray. A ellos habría que agregarles un antecedente de 1952, *Juan Pérez Jolote*, de Ricardo Pozas. Deliberadamente la lista omite *El Padre Mío*, de Diamela Eltit, porque hay en él algo que se rebela, que no permite estabilizarlo conforme a las reglas. A primera vista, en la edición chilena de 2003, la tapa reproduce una foto que posiblemente sea la del personaje que dio origen al libro. Tras una especie de cerradura o agujero negro se espía un retazo de su cara, desplazada, torcida la boca, sin una mirada atenta en los ojos: el hombre es un fragmento. El título, *El Padre Mío*, coincide con el nombre que Eltit le pone a un vagabundo esquizofrénico que conoce, mientras estaba realizando una investigación sobre la ciudad y los márgenes de Santiago de Chile. Lejos de simplificar esa realidad, el libro consiste en la desgrabación de tres encuentros con el Padre Mío, que ocurrieron en 1983, 1984 y 1985 (llamadas "hablas" por la autora). La transcripción, el registro de lo escuchado sin epígrafes ni agregados, casi como la oralidad en estado puro, sería el momento de mayor adecuación al testimonio. Sin embargo, Eltit corroe los cimientos mismos del pasaje de la oralidad a la escritura ya que el discurso de un loco, con sus reiteraciones, sus aceleraciones, sus listas y sus incoherencias, es el menos legible de todos. La desarticulación del habla del Padre Mío no opera por el contenido sino por la forma. Pero lo interesante de la propuesta de Eltit no termina en la reproducción del habla tal como fue escuchada o en el intento de disminuir el hiato entre oralidad y escritura. Su apuesta es a la vez estética y política. En el prólogo, que es sobre todo un cuaderno de bitácora para leer el texto, escritura casi al límite de la ilegibilidad, Eltit establece algunas asociaciones elocuentes: "Cuando escuché al Padre Mío, pensé, evoqué a Beckett [...] Después de Beckett me surgió otra imagen. Es Chile, pensé. Chile entero y a pedazos en la enfermedad de este hombre; jirones de diarios, fragmentos de exterminio, sílabas de muerte, pausas de mentira, frases comerciales, nombres de difuntos". Beckett y el Chile de la dictadura constituyen el tándem que posibilita la lectura del testimonio. No la denuncia directa de "los fragmentos de exterminio, sílabas de muerte, pausas de mentira, frases comerciales, nombres de difuntos", sino la puesta allí, en forma, del discurso que se muerde la cola, que aspira a ser él mismo la fuerza del mensaje. Por otra parte, aquí no habría ninguna posibilidad de discutir la doble autoría del testimonio. Al menos en el sentido en que lo plantea Menchú. La locura del personaje, su habla psicótica y circular, ubicarían al discurso más en el ámbito del caso clínico que en el del testimonio. Por eso cabe preguntarse: ¿testimonio de qué es *El Padre Mío*? En todo caso, es testimonio de cómo estalla la función testimonial ante la evidencia de que el lenguaje no es representativo ni transparente, tal como los otros dos textos consideran. Es testimonio de la violencia que opera el discurso cuando se vuelve un acto en sí mismo y pone en jaque

la aparente estabilidad de las funciones de autor y testimoniante.

Una pequeña historia

Desde que Casa de las Américas, en 1970, decidió incluir el testimonio entre las clases de discursos que intervienen en el llamado a concurso, se pudo apreciar un vertiginoso y sorprendente ascenso de escalafón en el jerárquico mapa que constituyen los géneros literarios. En un par de décadas, transitaron de la marginalidad al centro de la escena aquellos textos que, basándose en un protocolo de entrevista de corte antropológico, desarrollaban la historia de una vida ejemplar, capaz de concentrar en su individualidad la voz de muchos. En esos textos la oralidad se vuelve escritura por intermediación del letrado: es el excluido, el otro, el diferente, quien aparece en la escena cultural y deviene carne de escritura. En esta corriente casi institucional del testimonio, podemos inscribir los libros de Rigoberta Menchú y Domitila. Sin embargo, *El Padre Mío* elige recorrer un camino inverso, a contrapelo, y responder a su modo –diferente del resto– las mismas preguntas sobre cómo se producen los pormenores del proceso, qué implica la escritura de un testimonio en términos políticos y estéticos, y cuál es el rol del intelectual en esta tarea. Por un lado, en los libros sobre Rigoberta Menchú y Domitila, las autoras se valen del protocolo de la historia de vida para construir el habla de los subalternos. Pero la intervención sobre la palabra oral del otro no se limita a la mera transcripción: hay una incidencia directa del saber letrado, que dispone epígrafes, notas, correcciones, que domestica y vuelve legible el discurso de Rigoberta, por ejemplo. El dominio de la letra no es democrático sino que se impone frente al habla de la india quiché. En el otro extremo, Eltit reconoce que hay áreas diferenciadas y traza una frontera tenaz entre el prólogo y la desgrabación de las hablas del Padre Mío. En el primero ejerce su dominio: explica, argumenta, decodifica, interpreta. El resto lo deja librado al habla incongruente del que padece. Sin embargo, en ese dolor, en ese relato rabioso y violento, surge la epifanía. Eltit no intenta “curar” la palabra desquiciada del vagabundo. Más bien opera a la inversa: al darle la letra, operación que convencionalmente clausura el sentido, lo libera, y las palabras furiosas se esparcen desprolijas y alborotan. No tanto por lo que dicen sino por estar allí, tan temidas, sobre el papel que dibujan. •

www.revistatodavia.com.ar
todaVÍA # 14 | Agosto de 2006

© Copyright, todos los derechos reservados. Registro de la Propiedad Intelectual 447527. ISSN 1666-5872



Artista invitada
MARÍA ALCOBRE

DISEMSYNTH

ANGÉLICA GORODISCHER

¡Felicitaciones! Usted tiene en sus manos el modelo R95977-1/2006 del más sofisticado disemsynth que puede encontrarse actualmente en plaza. Si usted ha usado ya nuestros artículos, apreciará inmediatamente las ventajas que este nuevo modelo le proporciona. Si por el contrario no ha sido nunca el más que dichoso usuario de un disemsynth comprobará cómo se le hacen más fáciles y agradables las ocupaciones de la vida diaria y cómo aprovecha las horas de ocio en hasta ahora insospechadas actividades, situaciones y actitudes.

Le rogamos que lea atentamente los capítulos de este Manual a fin de poder usar nuestro synth con la mayor facilidad y con el máximo de rendimiento.

INSTALACIÓN

Por sus rasgos físicos (tamaño, forma, color, peso) el disemsynth R95977-1/2006 puede ubicarse en cualquier lugar de la casa, sean cuales fueren las características habitacionales de la vivienda (casa, departamento, quinta, country, institución pública o privada, etc.). Sugerimos que se lo coloque en un punto más o menos central, de fácil acceso y del cual no sea difícil desplazarlo para llevarlo a otro sitio.

El disemsynth R95977-1/2006 no requiere para su perfecto funcionamiento, cables ni auriculares ni soportes ni micrófonos ni ningún otro accesorio móvil expuesto como en algunos mecanismos a pérdidas o deterioros.

Puede ubicárselo y usárselo a cielo abierto o bajo techo, incluso en sótanos o subterráneos. Póngalo en el lugar que más le convenga y del que le resulte más fácil desplazarlo. Comprobará que es éste el primer servicio que le presta el aparato: el de hacerle la vida más fácil y libre de preocupaciones.

No hay inconveniente alguno en que esté cerca de fuentes de calor extremo (calefacción, estufa, sol del mediodía, caldera, etc.) o de frío máximo (refrigerador, freezer, máquina de hacer helados, aire acondicionado en su punto más alto, etc.), artefactos imantados, radios, teléfonos celulares, computadoras y demás. De ningún modo se verá alterado su funcionamiento ni tampoco habrá que esperar para usarlo a que se restablezcan las condiciones anteriores.

Tampoco sufrirá inconvenientes el disemsynth R95977-1/2006 si se lo traslada en un bolsillo del traje, en una cartera, portafolios, paquete, canasta, bolsa de compras, cualquier artilugio parecido o simplemente las manos. Se aconseja eso sí, asegurarse de tenerlo sujeto con cierta seguridad para evitar pérdidas, robos o algún otro episodio enojoso. Llévelo con usted adonde vaya y comprobará su eficacia aun cuando se lo haya quitado de su entorno acostumbrado.

CARACTERÍSTICAS GENERALES

El disemsynth que hoy le presentamos no comporta ningún peligro para los niños aun de muy corta edad ni para los animales de pluma o pelo, domésticos o silvestres.

Es por otra parte, prácticamente indestructible. No se alarme si llega a caer desde un mueble alto o rodar por la escalera o prestarse a que un niño lo investigue como suele investigar sus juguetes desarmables o no. La carcasa que envuelve el mecanismo está moldeada con una mezcla de elementos que se potencian unos a otros a fin de hacerla particularmente fuerte sin por eso perder su maleabilidad. En el caso, remoto y casi impensable, de que se rompiera, en cualquiera de nuestras sucursales se le cambiará el aparato completo aun cuando hubiera caducado la garantía y sin necesidad de ningún papeleo enfadoso: sólo será necesario mostrar el disemsynth dañado.

El panel de control consta de veintitrés incisos que se manejan al tacto slow o quick según las necesidades del usuario.

Supongamos como ejemplo que el dueño de nuestro disemsynth se encuentra en una situación molesta o desagradable en el ámbito de su trabajo y que por lo tanto siente irritación del ánimo, disgusto y tal vez hasta rencor. Comprendemos que el ejemplo roza el absurdo porque desde que los synths irrumpieron en el mercado y sus precios se han ido acomodando a todos los presupuestos, este tipo de inconveniente ha desaparecido casi de nuestro entorno.

Pero a fin de aclarar aun más las ventajas del disemsynth R95977-1/2006 sostendremos la escena como si efectivamente fuera a suceder a menudo. Bastaría en el caso de que se produjera, con teclear "on" y "16 quick", cosa que puede hacerse incluso a ciegas si el aparato está en un bolsillo, sólo deslizando las yemas de los dedos por sobre el panel de control.

Los resultados no se harán esperar. La función DISEMinadora del aparato puesta en acción por el tecleo SINtetizará toda la energía positiva acumulada en días y horas anteriores, irrumpirá en el torrente circulatorio del usuario y detendrá todo sentimiento de culpa, temor, agresividad, etc. Una sensación de bienestar partirá del feromsetting personal

(ADNmixed puesto en movimiento por el tecleo del 16 (bloqueo ardiromático) quick (rapidez del impulso) y todo habrá pasado en menos de cinco segundos. El usuario sabrá inmediatamente que ha vuelto a su selección emocional anterior y podrá pulsar "off" o pasar a otra función.

A continuación damos una lista tentativa de las funciones con sus indicaciones precisas. Queremos advertir a usted que ellas no son rígidas e inamovibles sino por el contrario intercambiables y flexibles. Usted podrá actuar a su gusto en ellas y diseñar las combinaciones que más le agraden a medida que va conociendo su synth y comprendiendo la vastedad de sus posibilidades.

INFORMACIÓN SOBRE FUNCIONES

Toda función admite los ritmos "quick" y "slow". El uso frecuente del aparato permite además que poco a poco se vayan instalando otros ritmos en las funciones que se usan con mayor regularidad. Acerca de esta particularidad no podemos darle ninguna indicación puesto que depende de cada aparato y de cada usuario. De modo que usted se encontrará en algún momento con la sorpresa de nuevos ritmos, muy parecidos a los anteriores o, y esto es lo mejor de todo, absolutamente diferentes. Le aconsejamos mantenerse atento a lo que vaya sucediendo en este sentido. Las satisfacciones que le proporcionará son grandes e intensas. Y ahora pasemos a las funciones.

1. Beatitud
2. Serenidad
3. Exclusividad
4. Rendimiento
5. Extrapolación
6. Sueño
7. Ensoñación
8. Duermevela
9. Huella
10. Brinco
11. Extravagancia
12. Licencia
13. Recuerdo
14. Andante maestoso
15. Riqueza
16. Entendimiento
17. Sinario
18. Estesia
19. Delicia
20. Calma
21. Tiempo pasado
22. Atardecer
23. Selección orgásmica.

POSIBILIDADES INTRÍNSECAS DE FUNCIONES

Cada una de las veintitrés funciones admite a su vez innumerables activaciones procedentes de distintos medios. El agua, por ejemplo. Si usted lleva su synth al baño y se ducha sosteniéndolo cerca de su pecho (ya sabe que no hay que tener ningún reparo en cuanto a los elementos a los que se lo expone), se bañará en todos los ríos del mundo y es posible, esto depende exclusivamente de cada usuario, que descienda suavemente (o bruscamente si presiona la función Rendimiento quick) presionando la función Delicia-slow por las cataratas del Niágara (pueden ser las del Nilo, las del Iguazú, a su gusto).

La música es otro de los ejemplos clásicos. ¿Quiere bailar con Nijinsky? ¿Con Anna Pavlova? ¿Con Michael Jackson? ¿Quiere tocar el cello con Mstislav Leopoldovitch Rostropovich? Para baile le recomendamos Estesia y para instrumentos, Huella. Ambas funciones en quick y, si hace mucho que usa su synth, algún ritmo insospechado que se haya ubicado de acuerdo con su mix personal, entre slow slow y quick más uno.

Con el deporte, el footing, la actuación, la delincuencia de guante blanco, los descubrimientos científicos, la docencia, la poesía, la política y la cría de animales exóticos, necesitará sin duda de algunas activaciones que vienen ya impresas en los circuitos de "Búsqueda Especializada". Ninguna de ellas presenta dificultad alguna. Aunque usted no haya usado nunca un synth, caso muy raro en nuestra sociedad altamente tecnificada e inmensamente feliz, podrá dirigirse a ese tipo de Búsqueda y aparecerán inmediatamente todas las posibilidades que le presenta el disemsynth R95977-1/2006, que son muchas.

MANTENIMIENTO

Otra de las ventajas de nuestro synth último modelo consiste en su mantenimiento o mejor dicho en la inutilidad de cualquier esfuerzo en ese sentido. Déjese llevar por la dicha de tener en sus manos un synth de última generación, goce de todo lo que le promete, no limpie, no friegue, no jabone, no cepille, no haga nada. La superficie del aparato hará lo necesario: rechazará el polvo, la grasa, la suciedad, atraerá la luz haciendo que la carcasa luzca brillante sin ser groseramente llamativa. Usted limite sus esfuerzos a ser feliz, que es el propósito básico de los synths.

PARA EL FUTURO

Apenas haya salido al mercado en 2007 el nuevo modelo de disemynth que nuestros laboratorios ya están preparando, se lo haremos saber. Estamos seguros de que han de entusiasmarle las posibilidades casi ilimitadas del modelo -2/2007. ¡Mientras tanto le deseamos el más intenso aprovechamiento de la función 23! •

Rosario, junio 2006.

Angélica Gorodischer nació en Buenos Aires en 1928. Vive en Rosario desde 1936. Ha publicado un montón de libros, todos de narrativa. Sostiene con cierta petulancia que jamás escribió teatro ni poemas, ni siquiera a los dieciséis años cuando todo el mundo escribe poemas, sobre todo de amor no correspondido. Estudió en Rosario, en la Escuela Normal de Profesoras N° 2 y en la entonces Facultad de Filosofía y Letras de la entonces Universidad Nacional del Litoral. No obtuvo título alguno. No es profesora ni licenciada ni académica ni doctora ni nada. En cuarto año se acordó de que quería escribir, no enseñar, y abandonó. Es narradora.

Los libros de cuentos *Mala Noche y Parir Hembra* (1983), *Técnicas de supervivencia* (1994), *Cómo triunfar en la vida* (1998), *Menta* (2000) y *Cien islas* (compilación de artículos y cuentos, 2004); y las novelas *La noche del inocente* (1996), *Doquier* (2002) y *Tumba de jaguares* (2006), se encuentran entre su producción literaria.

Los premios Emecé (1985), Gigamesh (España, 1994), Konex de Platino (1996) y Bullrich (2000), otorgado por la SADE a la mejor novela del trienio escrita por una mujer, son algunos de los recibidos por su obra.

Dos becas Fulbright en Estados Unidos fueron obtenidas por su trayectoria. Una para el *International Writing Program* de la Iowa University, en 1988; y otra para dictar dos cursos en la University of Northern Colorado, en 1991.

Un marido (el mismo desde hace 53 años), dos hijos, una nuera, una hija, un yerno, cinco nietos y una nieta, una casa, un jardín, amigas y amigos en el país y en el extranjero. AG

www.revistatodavia.com.ar
todavía # 14 | Agosto de 2006

© Copyright, todos los derechos reservados. Registro de la Propiedad Intelectual 447527. ISSN 1666-5872



LALO QUINTANA



PEPE MENÉNDEZ

POR LOS DERECHOS CULTURALES

La necesidad de salvaguardar las diversidades culturales dentro del mundo globalizado motivó el Pacto Internacional de Derechos Económicos, Sociales y Culturales firmado por la Organización de las Naciones Unidas en 1966. En el año 2004, por iniciativa de la Agencia Española de Cooperación Internacional, un grupo de diseñadores e ilustradores fue convocado a realizar piezas gráficas sobre este tema. El resultado fue una exposición itinerante que actualmente recorre ciudades iberoamericanas.

“Aspiramos a la construcción progresiva de un fondo que enriquezca el discurso visual de la causa cultural y, a la vez, materialice, en sí mismo, esa confluencia de las distintas culturas gráficas, en este caso, de Iberoamérica”.

Norberto Chaves. Fragmento del texto incluido en el catálogo de la exposición.

“Posiblemente no existen mayores ni mejores expresiones que la imagen y la palabra. El cartel no es sino la síntesis perceptiva de estos dos elementos, que son desnudados y reducidos a la mínima forma de significado para conseguir así la contundencia comunicacional”.

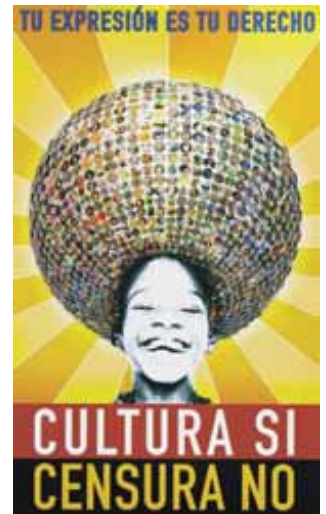
Álvaro Sobrino. Fragmento del texto incluido en el catálogo de la exposición.

La exposición

¿Cultura(s)? Alternativas, diversidad, derechos es una muestra itinerante que reúne una treintena de carteles creados por diseñadores y artistas iberoamericanos en torno al tema de los derechos culturales.

La curaduría del proyecto estuvo a cargo de Norberto Chaves y Álvaro Sobrino.

Los diseñadores e ilustradores convocados fueron: Carlos Arredondo, Ricardo Assis, Juan Berrio, Pep Carrió y Sonia Sánchez, Norberto Chaves, José María Cruz Novillo, Arnulfo Espinosa Rodríguez, Rubén Fontana y Zalma Jalluf, Francisco Gálvez Pizarro, Geraldine Gillmore, Pepe Gimeno, Juan Heilborn, Connie Hunter, Pablo Martín, Hoa Melgar, Pepe Menéndez, Karras Monserrat, Eric Olivares, Jacobo Pérez Enciso, Nelson Ponce, Lalo Quintana, Carlos Rolando, Daniel Roldán, Javier Royo, Hermenegildo Sábat, America Sanchez, Antonio Serrano, Jaime Eduardo Tamariz Barreiro y Felipe Taborda.



JAIME EDUARDO TAMARIZ

RUBÉN FONTANA
Y ZALMA JALLUF